

II Viaje a La Ribera (asturiana)

El Ayuntamiento de Ribera de Arriba presenta un segundo "cofre cultural" con nuevas visiones singulares del concejo junto con la película "Vete de mí", producida por Juan Gona y premiada con un

"Goya" y la "Concha de Plata" del Festival de Cine de San Sebastián, además de la banda sonora "Ribera", producida e interpretada por el cantautor asturiano Pipo Prendes.



Oh, Magoo, eres extraordinario!!

Juan GONA

Me comentaba un amigo esbozando una sonrisa pícaro: "Muchas películas han nacido en la barra de algún bar, en una tarde de copas y de creación etílica, aquí en Madrid, o en Kentucky"; este no es el caso.

La primera idea del Viaje a La Ribera surgió en la sobremesa de una casa de comidas, con bar, off course, diría el bueno de Alfredo Landa, en una tertulia de amigos quizás auspiciada por los efluvios del inconformismo y la necesidad de estar presente en la vida de la gente de La Ribera asturiana, municipio por el que se ha dejado los años de servicio mi querido José Ramón -Ramonín-, el alcalde de Ribera de Arriba.

Fue una liada made in Ramonín, de repente, "de les cosas si son buenas hay que haceles, oíste, les cosas hay que cogeles de mano, la idea me gusta y ya está. Llama a esos que dices y vamos preparándolo".

Cuando me quise dar cuenta estaba llamando a Ángel Harguindey, a Manuel Vicent y a Jordi Socías. Después decidimos incorporar a Manolo García Rubio y a Fulgencio Argüelles porque nos gustaba darle un toque local

al asunto y ver las perspectivas que del municipio pudieran tener estos amigos y escritores importantes residentes en el Principado y así tener dos versiones contrastables e interesantes: escritores que conocen el municipio y otros que lo visitan por primera vez. Además, compaginamos literatura y fotografía, textos de narrativa paisajística y la impronta periodística de Ángel Harguindey. Eso quedaría muy bien, muy novedoso y atractivo para el municipio.

Así aparecieron los autores y el fotógrafo una semana de abril inquietos por la sorpresa que les esperaba y afanados por resolver con nota el encargo que previamente habíamos concertado.

Para entonces habían cambiado las propuestas y se pretendía hacer un acto que "mereciera la pena". Y ahí apareció un invitado de piedra en algunas citas pero que, en esta ocasión, decidió opinar y bien, a juzgar por el devenir de los acontecimientos.

—¿Y si le metemos al cofre una película y así unimos literatura, fotografía, periodismo y cine?

—¿Y qué película?

—¿No tienes alguna barata que podamos poner? —dijo Ramonín.

—El Quijote —opinó el invitado.

Podría ser una buena excusa y que, aunque estamos en las postrimerías del centenario y porque este evento es una quijotada mayúscula, podríamos insertar la película "El Caballero Don Quijote" en el cofre. ¿Cómo lo veis?

—Estupendamente —aseguró Ramonín.

—De acuerdo.

De esta manera ya había un cofre que se consideraba importante para las necesidades y dádivas institucionales, e incluiríamos un DVD con el largometraje "El Caballero Don Quijote" y así tendríamos cine, literatura, periodismo y fotografía en un mismo obsequio.

"Y la vida siguió", y otra vez nos volvimos a encontrar y nos dijimos qué nos falta, qué podríamos añadir, cómo optimizar el proyecto y el esfuerzo económico asignado a las arcas municipales.

El cofre y sus alledaños iban en crescendo y en alguna sobremesa en el mismo restaurante, porque en eso somos de costumbres muy rutinarias y monótonas, el invitado que de aquella ya era habitual en la mesa, propuso solemne:

—¿Y si lo publicamos en LA NUEVA ESPAÑA (LNE)?

—¿Cómo?

Fue entonces cuando las oportunidades se encontraron y el asiduo invitado, Jorge Romero, asesor económico del Ayuntamiento y por ende del Alcalde y entusiasta del proyecto, defendió su propuesta de insertar los textos y fotos en un extra de fin de semana en LNE para conseguir más difusión y retorno turístico a la inversión municipal e incluir el DVD de la película y el libro de viaje en el cofre y ya se sabe, Mark Twain dixit: un hombre con una idea nueva es un loco hasta que la idea triunfa y como un loco hace un ciento, la tarde nos sorprendió con las ideas en flor y las ráfagas de viento nos limpiaron las canas y la lluvia nos lavó las huellas del aire del Norte que, a veces, arrecia, y nos comprometimos a quedar y volver a las andadas; para entonces ya teníamos los textos y las fotos, y la película y el diseño del libro Viaje a La Ribera y esa tarde bajo la lluvia miré a Ramonín y me dije (y le dije), pensando en aquella serie de animación de nuestra adolescencia, referida a aquel señor mayor de baja estatura y de exagerada miopía, pero que jamás se daba por vencido, me salió del alma: Oh, Magoo, eres extraordinario!!!

En las andadas se nos apareció la Virgen y aunque soy ateo, gracias a Dios, como dijo Luis Buñuel, se nos iluminó el camino y concluimos que si alguien tenía prestigio y conocimiento del concejo de Ribera de Arriba y a la vez empuje para la causa del cofre y de la publicación de los textos en LNE, ese era José Manuel Vaquero, vecino de Bueño y por lo tanto del municipio, amigo, personaje relevante del mundo editorial nacional, periodista de solvencia y que en seguida entendió y empatizó con nuestras propuestas, es más, las hizo suyas de manera instantánea y se comprometió con el proyecto. Eso nos alivió y nos tranquilizó ante el reto de la pu-

blicación y presentación en LNE.

Y "Como poniéndole un lazo al Everest" —L. Cohen— a nuestro Viaje a La Ribera se nos unió Manuel Gutiérrez Aragón con su presencia desinteresada y un texto estupendo a propósito de su premiada y exitosa película "El Caballero Don Quijote". Y como tupe la nieve el camino largo y tortuoso, Pipo Prendes cantó su Himno a La Ribera, allí, en directo, como quien nada pretende y sin embargo ensalza el cierre del acto con sus letras sentidas y nostálgicas.

Se fueron los autores en octubre tras presentar en el Club Prensa Asturiana de LNE el proyecto y el cofre que habíamos pergeñado en la clandestinidad y en secreto sumarial.

Pasado un tiempo alguien me dijo al otro lado del teléfono:

—¿Y si hacemos un Viaje a La Ribera II?

—¿Cómo?

—¿Por qué no? Ya que el primero fue un éxito, hacemos el segundo, así de claro, ¿oíste?

—Pero dicen que segundas partes nunca fueron buenas.

—Pues ésta será la primera vez.

Y antes de colgar repetí para mí (y para él):

Oh, Magoo, eres extraordinario!!

Y aquí estamos!!

Pasa a la página siguiente



Banda sonora del cofre cultural

www.ayto-riberadearriba.es/ribera



Versión (A)
Letra y música Pipo Prendes

Versión (B)
Banda de Gaites Soto Rei
con arreglos de Jorge Areces



Viene de la página anterior

Nunca te irás de mí

José Ramón
GARCÍA SAIJ
Alcalde de Ribera de Arriba

-1-

Pasado, presente, futuro

Toda una vida he viajado por Ribera de Arriba, la tierra que me ha visto crecer. Si calculo los días y las horas que he pasado dividiendo el concejo, parece increíble que nunca me cansé de pensar en Ribera. Quien bien me conoce sabe que mi pasión es este trozo de terruño que habitualmente me rodea y eso, queridos amigos y lectores, les puedo asegurar, que es la esencia de la que parte esta historia.

Como dice Sergio del Molino cuando habla de que sus abuelos imaginaban fundar colonias en la luna, pienso que si eso algún día sucede y yo estoy en ese u otro satélite, intentaré seguir siendo uno de los mejores embajadores de Ribera de Arriba.

-2- El Viaje

Cuando a mi querido amigo (y colonizador cultural) Juan Gona le propuse hacer un segundo Viaje a La Ribera, a pesar de ser un trabajo complejo y laborioso no lo dudé ni un segundo y contesté como quizá titularía Karina Sainz, ¡... llámabase "Viaje a La Ribera"...!, pues entonces... ¡tienes que llamarse Viaje a La Ribera (II)! Y así empezó esta historia, como algo sencillo, complejo, fresco, libre, abierto e improvisado.

El Viaje a La Ribera (II) también está dotado de algo de aquel sentido quiétesco de la primera edición de la que todos guardamos un especial recuerdo a través de las historias de sus viajeros: Jordi Socías, Àngel Harguindey, Manuel Vicent, Fulgencio Argüelles o Manolo Rubio y digo aquello de quiétesco porque ni Àngela, ni Karina ni Sergio conocían Ribera de Arriba previamente, simplemente han escrito en base a una pequeña estancia en nuestro concejo y sobre lo que unos a veces lazarillos les mostraron. No obstante, presiento que les cuentan este viaje más por lo que sintieron o percibieron que por lo que vieron y es de agradecer que se hayan vaciado con nosotros. Estas realidades externas son complementadas con las de verdaderos conocedores de la geografía asturiana, muestra de ello es el estudio complejo y meticuloso que sobre el municipio ha realizado Jesús Arango, y que es piedra angular para entender este segundo viaje.

También a buen seguro alguna sonrisa o carcajada les provocará el ingenioso texto de nuestro querido Maxi Rodríguez, o un momento de reflexión junto al Nalón a través de la poesía de un talento

asturiano como Xuan Bello y que decir de los grafismos excepcionales que para esta edición ha diseñado Suso Mortiner. ¿Se puede pedir más? Pues sí, algo de cine con el título "Vete de Mí" de J. Gona, al que tengo que agradecer la cesión de la película de forma desinteresada para dotar de mayor contenido a esta idea. La banda sonora la pone "Ribera", la canción o himno del municipio como algunos vecinos la llaman, de nuestro querido cantautor asturiano Pipo Prendes.

Esencial y prestigiosa es también la aportación del director de proyecto, José Manuel Vaquero, referente del diario LA NUEVA ESPAÑA y ex consejero delegado del Grupo Prensa Ibérica, quien también como profesional y riberano ha puesto su talento, esfuerzo y dedicación desinteresada en que hoy estén queridos amigos, leyendo estas líneas.

-3- Puedo presumir, luego presumo

Entrando más a fondo y si me pongo a pensar en conservar las tradiciones y la cultura local me enorgullece decir que el municipio es un alumno aventajado, casi de matrícula; la cultura verdadera y auténtica es la oriunda, la que parte de la realidad local, de sus paisajes, de sus gentes, de su climatología... y esta es la que subyace en todos y cada uno de los proyectos culturales en los que participa el Ayuntamiento. Con frecuencia, como dice Àngela Vallvey, "se abre el telón" de un paisaje y paisanaje que ofrece diversidad de manifestaciones en forma de fado, jazz, pintura, gaitas, cine, poesía, conciertos instrumentales que hacen de Ribera un teatro rural abierto a todos los públicos de forma gratuita los 365 días del año.

-4- ¿Antes el huevo o la gallina?

Una vez avanzada la antesala del viaje, lo mejor es que se lo cuenten directamente sus participantes. Solo dejaré unas pequeñas pinceladas (personales) sobre las ideas principales que rodean y que son comunes a todos los que formamos parte de este proyecto; como verán en los textos de los viajeros, se llame como se llame, se entienda o no su misión, se opine de una forma u otra, la realidad es que la Térmica de carbón y los Ciclos Combinados de gas están omnipresentes en el visitante, en los vecinos y son parte de la realidad del concejo. "La Térmica", como algunos la llaman, es parte de Ribera, con su innegable impacto visual que no deja de ser subjetivo según los ojos de quien la mire (como todo en la vida) en el sentido de belleza/monstruosidad, pero también parte de la forma de vida de muchos riberaneros bien sea directamente empleados en ella o indirectamente disfrutando de los servicios que el municipio ofrece; ayudas, becas y subvenciones, el ser un concejo integrador y por tanto cosmopolita o el ser un referente cultural con historias como la presente.

En relación a lo anterior he de contarles que el municipio tiene un nivel impositivo en el mínimo que establecen las normas y a cambio se prestan cada vez más servicios de calidad y se ejecutan nuevas infraestructuras para mayor comodidad de todos los riberaneros... por ello imagínense al Ayuntamiento como un barco transatlántico que para su gestión necesita grandes cantidades de carbón para alimentar su motor, y para que pueda seguir navegando y no se pare, nunca le ha de faltar ese combustible (y ya de soñar que sea de origen nacional y asturiano).

Resumiendo: casi todo lo que aquí pasa depende en cierta manera de "La Térmica" y del sector industrial. Como dice Jesús Arango, iniciamos un "proyecto piloto" de recuperación agrícola para que sea madre de mano de obra y regenere los terrenos, y a buen seguro fije población y refuerce servicios. Por ello desde mi humilde opinión y mi experiencia como gestor público puedo afirmar que sin recursos, sin suficiencia financiera, no se puede fomentar, no se puede ser prestador, no se puede facilitar o mejorar la calidad de vida de los vecinos, y quizá no se podría potenciar un polígono agrícola como el que tenemos en marcha.

-5- Ojalá un Viaje a La Ribera (infinito)

Espero que disfrutéis de esta historia: sencilla, compleja, fresca, libre, abierta e improvisada. Fantasia, realidad, humor, rigor, pasado, presente, futuro y sobre todo optimismo, mucho optimismo para tiempos venideros.

Como alcalde ya son cerca de 32 años parando en La Ribera y en los próximos 32 como dice Pipo Prendes "A mí buscadme en Ribera", ya que Ribera nunca te irás de mí.

¡Viva la cultura!
¡Viva Ribera de Arriba!

Amenazados por el río y expectantes ante el futuro de la vega

José Manuel VAQUERO
TRESGUERRAS

Leo de un tirón con indescriptible placer los textos de este segundo Viaje a La Ribera, como llaman ahora a este pequeño concejo que cada poco se erige en noticia regional por la envidiable riqueza de las iniciativas de sus gentes a lo largo del año. Unas veces es por un concurso de pintura al aire libre, otras por unas jornadas de cine o de jazz; por las fiestas del Ángel o de San Juan de Mata, por el floreciente coro de San Pedro de Ferreros o por inquietas e imaginativas asociaciones vecinales como las de El Riberano o los Amigos de Bueño. Aquí el agua de la vida, como la de sus ríos, el Nalón y el Caudal que se abrazan en Soto para romperse en

el mar Cantábrico, se mueve, no se estanca. Como toda crónica es autobiográfica, los viajeros traen su mundo a La Ribera. Y eso nos enriquece a quienes vivimos en ella al recibir de la pureza de sus miradas tantos detalles que se nos escapan por tenerlos demasiado cercanos. Los viajes a La Ribera son nuevos espejos de otros para mirarnos nosotros.

Es muy emotivo el poema de Xuan Bello de homenaje a su padre, guardia civil en Soto de Ribera, que en el Alto del Padrún se acercó un buen día a socorrer a los ocupantes de un coche averiado de matrícula francesa, sin percatarse de que uno de ellos era Horacio Fernández Inguanzo. El Paisanu, disfrazado de un médico que venía a salvar la vida de una niña, cuando en realidad era un repartidor de propaganda en favor de una huelga de la minería en pleno franquismo. Xuan barrunta que aquel apoyo involuntario de dos guardias al lanzamiento de pasquines contra el régimen formaba parte del cumplimiento del consejo que su padre había recibido de sus mayores: "Sé un buen cristiano y no hagas mal a nadie". Este vecino de la Ribera de Abajo, concejo desaparecido porque se ha integrado en Oviedo, ha vuelto para instalarse cerca de una patria de la juventud de su padre, donde se siente muy afortunado.

También en este viaje han participado escritores de fuera de Asturias, junto con algunos asturianos no riberaneros. Todos ellos de primera. Hay pues miradas con diferentes longitudes de onda pero todas ellas son útiles para afinar la puntería. Jesús Arango, que ha sido consejero de Agricultura de Asturias y número dos del Ministerio de Trabajo, disfruta ahora placidamente del discurrir del Nalón muy cerca de su destino final cuando no anda de excursión ya sea gracias a la pródiga actividad del Inmerso que tanto le complace, o a su propia e incansable iniciativa personal que le lleva a producir unos excelentes vídeos viajeros generosamente compartidos con sus amigos.

En esa ocasión se ha puesto en modo de serio economista socialdemócrata para abrir en canal una realidad muy prosaica, la nuestra. Así por ejemplo, nos dice que Ribera de Arriba solamente destina a tierras de cultivo menos del 1 por ciento de la superficie del municipio. Su población ha pasado de un máximo de 2.989 residentes en 1970 a 1.857 en 2018, de los cuales el número de personas mayores dobla al de los niños. En 2014 casi el 30 por ciento de los ingresos que los habitantes de Ribera de Arriba dispusieron para el consumo y el ahorro procedían de ayudas de las administraciones públicas.

Siendo estos datos demoledores, resulta sin embargo que nuestro concejo sólo fue superado en renta media por los de Oviedo, Noreña, Castrillón, Morcín, Riosa, Gijón y Avilés. El resto, hasta 78, están pero aún. Y eso que en La Ribera la mayoría de sus habitantes son pensionistas. ¿Dónde están pues los jóvenes asturianos cotizantes a la Seguridad Social?

Arango, firme defensor de las administraciones públicas, casi nos

invita a proseguir un debate que está muy vivo en Asturias, una tierra hoy beneficiaria de quienes prosperan mejor que nosotros pero que a la vez se siente discriminada y en parte con razón, pero sólo en parte porque hemos de reconocer si queremos ser sinceros que nos ha sobrado pasividad para reaccionar a tiempo ante lo que se nos venía encima con el declive de un enorme entramado empresarial público con poco futuro.

Como han cometido el error de invitarme a hacer una presentación de estos grandes escritores aprovecho la tentación de incorporar algunas digresiones seguramente tan atípicas como impropias y provocadoras. Un desahogo, vamos. Para que no haya dudas diré en primer lugar que soy claramente partidario de una política fiscal redistributiva que fomente la competitividad de la economía. Es más no estaría nada mal que en la línea de salida de la vida todos partiéramos en similares condiciones. Hace muchos años don Ramón Areces, uno de los fundadores de El Corte Inglés, que trabajó de humilde dependiente en unos almacenes de La Habana, me dejó grabado su pensamiento favorable al derecho al enriquecimiento personal con el propio esfuerzo pero con la mentalidad de dejar lo conseguido para la sociedad al final del camino. Es evidentemente discutible, pues habría que ver cómo influiría eso en la motivación personal.

Un escaso dinamismo ha conducido a Asturias a un decadencia que se prolonga durante más de tres décadas. El carbón que fue nuestro motor puede convertirse en una rémora que nadie desea. Quedamos anclados en las glorias de nuestras minas y no hemos sido capaces de buscar alternativas.

Vayamos a un asunto polémico y de actualidad palpitante en esta región relacionado en parte con todo lo anterior. Impuestos de sucesiones, donaciones y patrimonio, son justos en su filosofía, pero resultan tan discriminatorios respecto de otras regiones, especialmente Madrid, que en nuestro caso están provocando la huida de cientos de millones de euros de quienes trasladan su domicilio fiscal o fingen trasladarlo de aquí contribuyendo a empobrecer nuestra región que va de capa caída en el nuevo marco global. Esos impuestos, que en líneas generales no afectan a los ricos por las numerosas vías de escape a su alcance, están liquidando a una clase media que también intenta buscarse la vida como puede fuera del Principado.

Los impuestos son justos si contribuyen a ayudar a los más débiles y si son eficientemente administrados sin mordidas ni torpes burocracias administrativas que a veces sirven más para retroalimentarse a sí mismas que para servir a los ciudadanos que las soportan.

Los viajeros de esta edición han podido ser testigos de los restos de una nueva inundación producida por el río Caudal en Soto de Rey y Vegalencia y del Nalón, en Bueño y Palomar. Conozco un poco, poco la verdad, el caso de Bueño y es algo inconcebible. La obra que realmente ha salvado su vega ha sido fi-

nanciada por un particular, Carlos Prieto, un personaje de Oviedo pero amante a más no poder de este pueblo que hizo fortuna en México y a quien su tío le había donado la mejor casa de Bueño. Este hombre, que tiene entre sus descendientes a músicos de fama mundial, pagó hace bastante más de medio siglo una escollera para evitar las inundaciones que entraban cada invierno en las casas como Pedro por la suya. Mi padre era entonces concejal y alcalde de Bueño y alguna vez me tocó de niño ir con él a ver cómo trabajaban aquellas gigantes máquinas excavadoras. Desde entonces Bueño dejó de sufrir los sobresaltos anuales que anegaban su vega y muchos de sus hogares hasta que en los últimos años las administraciones públicas empezaron a agujerear la escollera, primero para dar paso al arroyo y después con el aliviadero de El Rebolón. El resultado es el desbarajuste actual, fruto, por lo que me dicen, de la difícil colaboración de las administraciones, con independencia de la supuesta buena voluntad de sus dirigentes, que desde luego no se dio en una nefasta etapa de la Confederación Hidrográfica, regida por el principio fundamentalista de que los ríos no deben ser dragados para que recuperen su curso natural. Los ríos, antes que las personas. Faltaría más.

Me aseguran que tanto en la Confederación Hidrográfica del Norte como en el Ayuntamiento tratan de resolver estos problemas, pero no son capaces por retorcidas trabas administrativas que provocan olvidos y demoras injustificables. Un ejemplo paradigmático de este indecifrabable jergológico burocrático ha sido el del aparcamiento del centro Niemeyer de Avilés, que ha permanecido años y años cerrado por la incapacidad de dos administraciones del mismo partido, el Ayuntamiento de Avilés y el Principado, de ponerse de acuerdo para abrirlo. Y no era por falta de decisión política sino por problemas de sellos, pólizas y competencias (incompetencias, más bien) incomprensibles para el común de los mortales.

¿Es esa la administración pública que hemos de sufragar y sufrir con nuestros impuestos? Los impuestos tienen que ser justos, no tan discriminatorios como lo son hoy dentro de nuestro propio país, claramente necesitado de una mínima armonización fiscal interna, y tienen que ser eficientemente administrados al servicio de los ciudadanos. Lo demás es música celestial.

La envidiable juventud de Karina Sainz Burgo, que se embala y nos presenta una descripción tan amable como certera del concejo, atribuye su "floreamiento económico" a la central térmica. De vuelta a Madrid en un tren de Renfe que ya apenas se estila hoy en España por su impuntualidad, lentitud e incomodidad, este torbellino periodístico evoca "un río que aún se desborda" mientras escribe entusiasmada sus originales impresiones de la visita.

La sensibilidad histórica y artística de Ángela Vallvey le ha descubierto el poblado de Las Segadas

de Abajo, diseñado por Álvarez Castela, un arquitecto vanguardista, que dejó su prestigiosa firma en el ejemplar grupo de viviendas para los empleados de la Térmica, lástima que tengan que vivir bajo sus humos, un síntoma de las contradicciones del progreso. Su segundo descubrimiento han sido las ruinas del castillo de Soto de Rey, relacionado con Urraca I, reina de León, un personaje que le fascina, por rebelde y soberana en lo personal, en la política de Estado y en su intimidad, pues tuvo valor suficiente para enfrentarse a su segundo marido, a su hijo y a los nobles de su tiempo.

Advierte Sergio del Molino que en Asturias todo tiene que ver con el carbón de una forma u otra para certificar que aquí pastan las últimas vacas de España. Como especialista encontró en su sitio un hórreo de Sardin que organiza la vida del lugar. Le echa voluntad cuando afirma que tener y conservar un hórreo, una seña de identidad ribereña, es una afición carísima pero que la administración trata de hacerlo más asequible. Su explicación de por qué los hórreos no son edificios sino bienes muebles es tan convincente que incluso piensa en construirse uno y de la mano del inolvidable Juan Cueto hasta ve en la central térmica algo así como un hórreo mecánico.

En fin, Maxi Rodríguez, nuestro gran hombre orquesta de las artes, nos ofrece un Parando en La Ribera con un guiño generoso al grupo de teatro de Bueño y desde luego no se equivocó cuando afirma que aquí la mejor película está dentro de la gente. Ye cuestión de acercarse y escuchar a cualquiera.

Después de muchos años de desidia y abandono ahora hay un proyecto de explotación agrícola de la vega de Bueño que puede ser pionero en Asturias. Hace algún tiempo se me ocurrió pensar que sus propietarios, herederos de quienes realmente la han trabajado con su sudor, podrían llegar algún día a juntarlas y ponerlas a producir profesionalmente como un complemento de sus pensiones. El Ayuntamiento impulsa un proyecto innovador para recuperar una tierra baldía que con un tamaño crítico suficiente puede ser muy rentable. Los terrenos serán comprados o expropiados por la administración pública para ser explotados por la iniciativa privada. Podría haber otras soluciones que dieran una mayor participación a los vecinos pero al parecer hay dificultades administrativas que lo impiden.

Volvemos al principio. Creamos unas administraciones para que nos ayuden a resolver nuestros problemas colectivos, pero acabamos siendo siervos de nuestra creación en una sorprendente inversión de valores. Miedo me da el papel que nos dejarán jugar esos robots que con tanto ahínco construimos en la era de la inteligencia artificial.

Me disculpo con Kipling: es el fruto del amor (apasionado) de nuestro pequeño corazón por el pedazo de tierra más querido lo que motiva este deshilvanado desahogo.



Parando en La Ribera

Maxi RODRÍGUEZ

—Muy buenas, señor.
 —¿Qué tal, ho?
 —¡Uf, qué bonito es esto!
 —De paseo, eh.
 —Sí. Queríamos conocer los atractivos del concejo.
 —Pera, si eso, llamo al mi primu.
 —Ah. ¿Es guía su primo?
 —Qué va, ta prejubilau. Pero atractivos en Bueño somos él y yo. El resto ye gente muy normalina, a ver si me entiende.
 —¡Jajaja, qué cachondo!
 —¿Son ustedes peregrinos?
 —No exactamente. Estamos localizando.
 —¿A quién, ho?
 —Exteriores. Para una película de amor.
 —¡Meca! ¿En serio?
 —Sí. Con dos protas excepcionales.
 —¿Coronado y la Verdú?
 —No, no.
 —¿Mario Casas y María Valverde? Pera, pera... ¿O esos dos...?
 —Ríos.
 —¿Qué, ho?
 —Los protagonistas son dos ríos: el Caudal y el Nalón.
 —¿Cómo ye, ho?
 —Una relación compleja, cada uno de una cuenca minera, y aquí se abrazan para bañar juntos la misma tierra.
 —Tais de coña, ¿no?
 —¿Por? ¿No siente usted que la Ribera es un escenario romántico?
 —Mmmmm... ¿De cuántas bote-

llaríamos hablando?

—¿Perdón?
 —Vosotros parasteis en "La Nozaleda" a tomar sidra y ya venís guapos.
 —¿Qué dice?
 —¿A que tuvisteis chumando?
 —Que no, que no. Paseábamos y, de pronto, sentimos que la naturaleza nos regalaba una historia de amor. ¿Usted no?
 —¿No qué, ho?
 —Debe ser fantástico vivir en un sitio tan inspirador.
 —Nosotros tamos a lo nuestro, a ver si me entiendes.
 —¿Nunca se imaginó a Clint Eastwood y Meryl Streep contemplando los sillares del puente de Piedra, en Soto Ribera?
 —¿Eh?
 —"Los puentes de Madison", amigo, ganarían mucho en esta tierra.
 —¿Qué fumasteis, ho? Yo quiero probar esa mierda.
 —¡Jajaja, qué cachondo!
 —Le estamos hablando muy en serio.
 —Sí, sí. Llevamos un buen rato visualizando: planos contrapicados de la nieve que asoma en el Aramo, esa columna de humo blanco...
 —Ah. La térmica.
 —Sí, esa mixtura entre lo rural y lo fabril, esa simbiosis de paisaje industrial y campesino...
 —¡Van quitaila!
 —¿Qué?
 —La térmica. En cuatro días va fuera, ya verás. La transición energética, ¿oíste?
 —Ya, pero...
 —Asturias, compañeros, vive en riesgo de apagón.
 —Las cosas no se esfuman de un día para otro, hombre. Y de no-

che, con todas sus luces encendidas, parece un barco del Mississippi...

—¿Qué peliculeros sois, coño.
 —Este paisaje es muy cinematográfico, háganos caso. Aunque, claro, vivir con eso al lado...
 —Na, ¡ya tamos acostumbraos! Gracias a la térmica hay más riqueza. El alcalde, el probe.
 —¿Qué?
 —Negoció bien, bobu. Y aguantó mucha presión. Uf, lo que aguantó...
 —¿El alcalde?
 —Sí, Ramonín. ¡Va dejalo ahora! Cansó, bobu. Lleva tola vida...
 —Bueno, pues nosotros...
 —¡Tomai algo, ho!
 —¿Cómo?
 —¿Sácovos una botellina de sidra? ¿Una cervecina?
 —No bebemos, gracias.
 —Ah, ya. Lo vuestro ye montavos películas.
 —¡Jajaja!
 —¿Tenéis subvención, ho?
 —¡Qué cachondo...!
 —Así que vos gusta La Ribera, eh.
 —Muchísimo. Y fíjese que hemos caminado por cantidad de sitios.
 —Sí, oiga. Además está todo esto tan limpio...
 —Bah, cuando se acercan las elecciones, siempre y-os da por limpiar.
 —Se ve todo muy cuidado...
 —Home, todo todo...
 —Hórreos, paneras y fachadas rehabilitadas...
 —Ya.
 —Todo bien conservado y mantenido.

Pasa a la página siguiente

Viene de la página anterior

—¡Aquí se ven fondos mineros bien invertidos!
 —Ya, chavales, pero...
 —¡En otros sitios no pueden decir lo mismo!
 —En eso tenéis razón, sí señor. O sea, que nunca habíais tao aquí, ho.
 —No, la verdad.
 —¿Nunca vinisteis al Festival de cine o al de jazz?
 —No, no. Aunque hemos oído hablar.
 —¿Venís de lejos?
 —De Vegaleña, hemos hecho la ruta de montaña circular.
 —Ah. ¿Y qué tal?
 —Un paseo para recordar. ¿Ha visto la película?
 —¿Qué película?
 —“Un paseo para recordar” narra una historia de amor en la que los prejuicios y las etiquetas quedan a un lado.
 —¿Qué manía con las películas!
 ¡Lo vuestro ye tremendo!
 —No se crea. Tremendo, amigo, es el poderío visual de este concejo.

—Bueno, bah.
 —Usted imagínese: una infanta pasa un día de incógnito en la Ribera donde se enamora de un periodista que sí la reconoce y planea conseguir una exclusiva con sus fotos. Y...
 —¿Pero eso qué ye?
 —Una especie de “Vacaciones en Roma” aquí, por estos parajes, recorriendo las cinco parroquias.
 —¿Coime!
 —Imagínese usted una tórrida secuencia de verbena en las fiestas de Santiago...
 —¿En Ferreros?
 —Ahí, ahí. En plan “Dirty dancing” con una música cálida, inspiradora...
 —¡Jajaja!
 —¿De qué se ríe?
 —Eso pasóme a mí. No tengo na que imaginar.
 —¿Caray, al final, le vamos a tener que contratar!
 —Oye, no vos dije na pa no acorjonar, pero toi en el grupo de teatro de Buéno.
 —¿Usted? ¿En serio?
 —¿Home vaaa! ¡Y el mi primu igual!
 —¡Los atractivos del concejo, claro, todo empieza a encajar!
 —Si queréis hablar del contrato, invítovos a comer en Casa Cristina.
 —¿Dónde?
 —En Tellego, pero déjame llamar, que hay que reservar.
 —Muy amable, señor. Aunque no se engañe, nuestras películas mentales quizá nunca se lleguen a rodar.
 —Meca. ¿Entós?
 —Nosotros caminábamos admirados y hemos pensado que nos gustaría sumergir al espectador en este milagro.
 —¿Milagro?
 —Sí. Dos ríos que fluyen juntos hacia las saladas aguas del Cantábrico.
 —Y que han elegido esta tierra para fundirse en un abrazo.
 —Vale. Pero a ver, a mí hay que dame un papel. Y al mi primu tam-

bién.

—¡Jajaja! Por supuesto, amigo.
 —Y si se anima a caminar con nosotros, podríamos seguir juntos “localizando”.
 —¿Caminar ahora, ho?
 —¿Qué le parece Fuso de La Reina para un drama romántico?
 —Venga, síganos, amigo.
 —¿Ónde, ho?
 —A soñar amores prohibidos a la vera del río.
 —¡Calla, ho! ¡Yo, si queréis, invítovos a comer!
 —No se preocupe, en serio.
 —¡Me encanta que vos preste tanto el concejo! ¡Pero tenéis que parar, rapazos, que con la marcha que lleváis...!
 —¿Parar?
 —Sí. Aquí la mejor película está dentro de la gente. Ye cuestión de acercarse y escuchar a cualquiera.
 —¿Cómo? ¿Cualquiera?
 —Sí. Parando, amigos, parando en la Ribera.

Llamábase Alfredo

Karina SAINZ BORGÓ

Son las nueve de la mañana y en las calles que conducen al Ayuntamiento de Ribera de Arriba huele a hierba recién cortada. El sol baña las casas construidas en las laderas y el cielo se despliega sobre las cumbres del Aramo, esa cordillera cuyos picos coronan la meseta con una diadema de piedra y nieve. Ha llovido en estos días, lo suficiente como para desbordar el Nalón, el río más largo de Asturias y que en el puente que preside La Ribera y la Ribera de Arriba despliega el espectáculo de su cauce: dos aguas besándose que invitan a buscar el Cantábrico, ese mar que se esconden detrás de las montañas.

Son, decíamos, las nueve de la mañana. La hora en la que un grupo de forasteros, gente que ignora todo cuanto aquí ocurre, llega a La Ribera para desentrañar el tejido, los olores y las historias de esta tierra de piel verde y espíritu fabril, un lugar que ofrece belleza en la contradicción de su paisaje. La Ribera ha nacido del río, ese que siendo cada día otro y el mismo, como la evocación aquella de Borges, riega la vida de sus habitantes desde hace ya siglos. Un tiempo impreso en la piedra de la Cueva de los Murciélagos, donde encontraron los yacimientos arqueológicos de los primeros pobladores, hombres y mujeres que ya en la prehistoria llegaron hasta aquí buscando el mar o aquello que la tierra tuviera a bien darles.

La Ribera debe al Nalón su historia y su destino. Podría decirse que su origen proviene del agua y viaja hacia ella de la misma forma en que el sistema de valles y cordilleras de Asturias avanza hacia el océano que vive tras el biombo de estas montañas. A La Ribera la surcan los ríos y los caminos, una nevadura que acerca a los que viven en ella y a los viajeros que cruzan la mense-



ta. Y aunque quienes llegan aquí casi siempre se dirigen a otro sitio, La Ribera coloca en su camino la tentación de quedarse. Este sitio teje puentes, uno de piedra que data del siglo XIX y otro de alambre trenzado que comunican las orillas del Nalón y la de quienes seremos después de atravesarlos.

Desde Soto Ribera, la capital de este municipio ubicado a escasos kilómetros de Oviedo, se alza una gruesa columna de humo blanco, una nube vertical visible desde cualquier lugar del concejo. No importa desde dónde se asome el viajero: verá correr el agua del Nalón y elevarse el vapor que desprende la chimenea de la Central Térmica, una planta de producción de energía y que, desde su creación en los años sesenta, ordena la biografía y la prosperidad de las casi dos mil personas que habitan este concejo de la zona central de Asturias, ubicado entre Oviedo, Santo Adriano, Mieres y Morcín.

Para quien mira a su alrededor mientras apunta detalles en una libreta, el color rosa de las farolas de Soto destaca como extravagante atributo. Acaso porque siempre llueve y algo que hay que hacer para romper la niebla o porque el verde de su paisaje atrae otros tonos... ¡quién sabe!, aquí el color se impone con su propia lógica. La Ribera es, en sí misma, una pregunta sin respuesta absoluta o, por qué no, la invitación perpetua a una respuesta sobre las causas que propician su belleza silenciosa y calmada. La Ribera es esa vida que transcurre lejos del vagón impar de un tren Talgo que llegó desde Chamartín hace unas horas y que se disuelve con el eco que producen estas ideas al chocar con las montañas.

El florecimiento económico del municipio, uno de los más ricos de la zona, se sostiene sobre esa criatura de cemento que transforma el agua en electricidad, de la misma forma en la que modifica la vida de quienes habi-

tan a su alrededor. El proyecto industrial La Térmica surgió en 1957, con la intención de aprovechar la abundante producción de carbón de las cuencas del Nalón y el Caudal. El objetivo era crear tres turbogeneradores para producir electricidad en unos terrenos junto a la confluencia más importante del concejo Ribera de Arriba. Esas fechas fundan una nueva vida en este lugar, que despliega las estampas del desarrollo entre las verdes montañas de un sitio que, aun engarzado en el mundo urbano, parece muy lejos de él. Así lo cuenta José Ramón García Saiz, el alcalde del municipio desde hace más de treinta años, un hombre que comenzó a trabajar a los 14 en el comercio, más tarde en la Unión General de Trabajadores y que continúa, a pie de obra, al frente de este lugar.

Güeñu y su memoria del Hórreo; El Caleyú y su paz de mirador; los senderos de Las Segadas de abajo; Picullanza y su trozo del Camino de Santiago; Teyego con su iglesia o el Prado de la Mortera con su capilla de piedra y su ventarrón de silencio, al que van a parar los ecos de los grillos y los cerceros que sueñan a lo lejos... Más de veintidós lugares de interés orbitan alrededor de La Ribera, que se comporta como su nombre: un lugar acostumbrado a recibir gente, tanto a los que cruzan de paso hacia otro lugar como los que buscando empleo encontraron aquí su sitio en el mundo, así ocurrió con los portugueses que en los años sesenta y setenta del siglo XX hicieron ruta más allá de las minas de León para venir a trabajar en la construcción de la carretera nacional N-630 y terminaron quedándose. Hoy son unas de las colonias más importantes. Acaso para honrar la memoria del lugar del que provienen, se celebra anualmente un festival de fado, ese sonido que arrancó a Lobo Antunes reminiscencias de Mozambique y hoy suena en medio de montañas como un recuerdo condensado que crece para precipitar la lluvia que riega esta tierra.

La biografía de un territorio se escribe en el renglón de sus caminos y, al menos en el caso de La Ribera, todos conducen a La Térmica, esa central que ordena y distribuye todo cuanto ocurre y en la que coinciden la vida de cientos de hombres y mujeres a los que toca preguntar de dónde sale esa energía que todo lo abriñanta y hasta donde llega ese cielo que besa los picos de las montañas. En este paraje en el que la lluvia cae, insistente, quien recorre estos caminos tiene la sensación de acometer la travesía hacia otro lugar que ya existía en su interior. Así avanzan los que están de paso en La Ribera: empujados por el deseo de hacer suya esta tierra, como si de una infancia recuperada se tratara.

Ochenta años tiene María Ángeles, los mismos que transcurren entre la fecha de su nacimiento y el tiempo que lleva viviendo en Sardin, un pueblo del concejo de Ribera de Arriba, ubicado en las estribaciones de la sierra de Lagos, sobre el valle del río Nalón. Es un lugar tocado por la belleza de sus antiguas casas de piedra, entre las que destaca la casona de Hevia-Ponte, una construcción del siglo XVIII, y que la mayoría conoce como casa de Doña Visita o Casa Valsinde. “Llevo aquí toda la vida”, dice María Ángeles, esta mujer de piel tostada que exhibe los surcos con los que el tiempo y la intemperie han impreso belleza en su rostro.

María Ángeles viste unos pesados zuecos de madera y sostiene en su mano una azada con la que labra un trozo de tierra. Parece la reina de un jardín imposible: duendes de cemento protegidos de la lluvia por bolsas plásticas, piedras convertidas en mariposas, neumáticos pintados con colores vivos... Un pelotón de adornos con los que ha transformado su hórreo, esos graneros que resguardan de la humedad y los animales aquello que ha dado la huerta, y que se alzan junto a las paneras como criaturas vivientes que guardan en su inte-

rior el alimento y los instrumentos de trabajo. Cencerros, picos, guadañas, jaulas, cuerdas... todo cabe en este arcón que identifica a la tierra asturiana en su memoria de labranza.

Además de los hórreos y paneras sobre cuyas paredes se secan las mazorcas, a este pueblo lo distingue la capilla de San Antonio, un pequeño oratorio que también perteneció a la casa de Hevia-Ponte y que refulge en medio de un camino sembrado de árboles. Esta pequeña casa coronada por una cruz es la parada obligada de quienes acometen la Ruta de la Plata y también un hábitáculo propicio para dejar pasar la mañana entre sus paredes blancas. A estas horas la capilla está cerrada, pero no falta quien vaya a por una llave que permita recorrer ese lugar flanqueado por cuatro hileras bancos de madera que se distribuyen a ambos lados de un pasillo central que conduce al modesto altar sobre el que alguien ha colocado un atado de lirios blancos.

María Ángeles tiene cinco hijos: dos viven con ella, aquí en Sardín, y tres en Oviedo. Esa la ruta que siguen no pocas personas, que pasan su vida entre la capital del Principado y este pequeño reino de plantas, guimaldas y ventanas. Hace ya tiempo que María Ángeles es viuda, pero la ausencia de su marido, fallecido hace ya unos años, parece no haber hecho mella en su buena planta de mujerona simpática y sonrisa de dientes cuadrados. "Llamábase José Alfredo", dice para hablar de aquel hombre con el que construyó una familia y que durante treinta y tres años trabajó entre las minas de carbón de Olioniego, ese enclave del que se extraen minerales desde el siglo XIX y en el que el padre de sus hijos trabajó día tras día arrancando de la tierra lo que ésta buenamente pudiese darle a él y su familia.

"Trabajó en La Riosa, La Nicolasa..." dice María Ángeles como quien desgrana un rosario rocoso en el tiempo. "Llamábase José Alfredo", repite quien emprende el camino de vuelta, apuntando cosas en una libreta todavía iluminada por las cuitas de esta mujer vestida con zuecos de trabajo, esa que embellece los hórreos y las paneras del pueblo como si en lugar de una azada sostuviese en sus manos una varita mágica.

En el valle que separa el Monsacro del Aramo estuvo la ermita románica donde durante años reposaron las reliquias del apóstol Santiago, y aunque hace ya mucho que fueron depositadas en la catedral de Oviedo luego de que, a principios del siglo IX, Alfonso II las trasladara hasta ahí, su recuerdo marca un sendero que forma parte del Camino de Santiago.

Esa ruta, a manera de signo de puntuación en la historia del paisaje, es un pequeño nervio de la travesía que reconstruye la peregrinación del apóstol Santiago y que se conoce como la Ruta de los 20.000 pasos, el esfuerzo que toma atravesar ese tramo que se-

para el lugar donde estuvieron depositadas las reliquias del Arca Sagrada de su ubicación actual y, que año tras año, es visitada por miles de personas provenientes de todos los lugares del mundo. La Ribera es, como las del río que la atraviesa, un lugar al que van todos a parar, sabiéndolo o no.

A las once de una mañana en la que aún despunta el sol, la ladera del Monsacro no ofrece ninguna prisa. Todo aquí invita a quedarse con el eco del ganado que pasta en las vegas y el sonido de un viento todavía helado. Cuesta abajo, en la ruta hacia Güeñu, los caminos serpentean entre árboles y musgo, un algodón que renueva la vida en cada piedra de este camino que separa las anotaciones apretadas en una pequeña libreta en la que apenas cabe todo lo que este lugar tiene por contar.

Los silos, apretados como dardales de paja seca que abonará la tierra, acompañan el descenso y preparan el encuentro con el más importante de los refugios que caracterizan la vida en Asturias: los hórreos, esa construcción de madera que podría ser tan solo una despensa, pero que aloja en su interior el bienestar de los que comerán de todo cuanto guardan en su interior. El hórreo es la antesala del hogar, la intendencia de quienes viven de la tierra y en ella. Tan sólo en Güeñu hay 46 en pie. El grano, la longaniza, los frutos de la huerta, todo tendrá que resistir en su interior. Son la metáfora del hogar y del tiempo, eso que ha de resistir a cualquier frío.

El origen de los hórreos se remonta al siglo IX, aunque su esplendor frisa el XV, un momento en el que, con la multiplicación de cultivos como la patata, se hicieron todavía más necesarios, hasta el punto de considerarse parte de la casa familiar que se nutría de sus existencias: se edificaba y se desmontaba gracias a su sistema de tabiques. Su propiedad podía ser individual o colectiva, como si de una herencia se tratara. Ellos presiden la casería, el acto primario de la convivencia. Son, en palabras de Ortega y Gasset, el templo de una religión muy vieja, "donde lo fueren todo el dios que asegura las cosechas".

Alrededor de los hórreos llegaron a organizarse convites y fiestas, una larga historia de la que da cuenta el Centro de Interpretación de Hórreo de Güeñu, una construcción de aspecto moderno y minimalista que guarda en su interior la larga historia de la casa asturiana. Hasta tal punto llegó a ser icónico el hórreo que todas las construcciones de este tipo que alcanzan más de cien años están catalogadas como patrimonio cultural de la región. Son, junto con el lavadero y las paneras, la reminiscencia del hogar sencillo y duradero.

Todo cuanto ha de durar, lo que alimenta y debe resistir a las inclemencias, debe de ser resguardado en su interior. Acaso por eso, Ángeles, aquella mujer

de Sardín, decoraba el suyo como si de una isla del espíritu se tratara: eran los trozos de una vida que aún existe entre estas montañas, una lenta memoria del viajero que reconoce en este lugar algo que ya llevaba dentro.

"Llamábase José Alfredo", decía María Ángeles para recordar al minero con quien creó una familia y una vida en este lugar del mapa. Una frase que se queda en la memoria de quien recorre una tierra hasta entonces desconocida y que con su nombre hace lo que los puentes de La Ribera: conectar aquello que separa a quienes fuimos antes y después de visitarla, una evocación que retumba en la memoria de quien escribe.

Llamábase Ribera, piensa el viajero de vuelta en un vagón, también impar, del Talgo que viaja hacia Chamartín con la evocación de un río que aún se desborda mientras se escriben estas líneas, que son ya destino y memoria.

El hórreo mecánico. Breve ensayo sobre la belleza industrial

Sergio
DEL MOLINO

Hay que ser un poco contorcionista para sacar fotos de La Ribera sin que se vea la central térmica. O centrales térmicas. O centrales térmicas y de ciclo combinado. Me van a disculpar, pero, por muchas notas que tome, no me aclaro. Sé que de aquellas estructuras de metal y hormigón (es hormigón, ¿verdad?) sale electricidad, pero soy incapaz de retener cómo se llaman las estructuras ni los procesos por los que se genera la electricidad. De hecho, escribo las palabras ciclo combinado sin tener ni idea de qué se combina aquí. Algo que tiene que ver con el carbón, supongo. En Asturias, todo tiene que ver con el carbón, de una forma u otra. No me interesa lo que ocurre dentro de los tubos, calderas y depósitos, sino su forma exterior. La central domina el valle como un castillo inverso (porque los castillos se construían en alto, no en los ríos). Apenas hay rincones desde los que no ocupe el centro del cuadro, y mis anfitriones ribereños se esfuerzan muchísimo por mostrármelos. Es un impulso normal: nadie, salvo yo y algún que otro pirado, cree que la central sea fotogénica.

Los anfitriones nos llevan a los reductos de paisaje asturiano auténtico que quedan, y por auténtico quieren decir anterior a la Revolución Industrial. Nos llevan a prados con ermitas, a los núcleos de población más alejados y escarpados, a los prados más pintorescos donde aún pastan, con esa perezosa envidiable, las últimas vacas de España. Y

todo es hermoso y dan ganas de sestear en los prados —cuando se sequen de la lluvia—, de escanciar unos culines de sidra junto a cualquier ermita y de comprar y restaurar un hórreo solo por el placer de sentarse cada tarde a su sombra a pelar la pava con el vecino. No me tomen por el bruto que no soy: envidio como el que más la vida rural asturiana, y cada vez que, en nuestros paseos Ribera arriba y Ribera abajo, veía una casa en venta, me imaginaba pasando un verano largo en ella, leyendo un novelón en el prado mientras mi hijo jugaba en la hierba. Pero nunca he entendido esa negación de la industria. Sobre todo, cuando es una industria tan rara y que se integra tan bien en el paisaje.

El adjetivo industrial tiene siempre connotaciones negativas. Crecemos en una cultura que contraponen lo tradicional y lo artesano como virtudes, frente a los vicios de la industria. Razones no faltan: la industria ha envenenado Europa y el planeta entero, pero a la vez ha hecho de los europeos lo que somos. Incluso la propia Unión Europea nació de un tratado sobre el carbón y el acero. Las guerras que marcaron el continente fueron provocadas por el desarrollo industrial y su expansión. Estamos hartos de industrias y llevamos cuarenta años intentando desmantelarlas —para llevarlas fuera de nuestra vista, a China o a la India— para recuperar la Arcadia verde que creemos que un día fue Europa. Como si la industria no fuera con nosotros ni con nuestros paisajes. Como si pudiéramos desmontarla sin más y seguir adelante.

En pocos sitios como en La Ribera se entiende Europa como una potencia histórica. El ayer, el hoy y el mañana se hilan en una madeja admirable que hacen del municipio algo único y precioso. ¿En qué otro rincón se pueden contener en una misma panorámica hórreos y torres de refrigeración; vacas pastando y turbinas de vapor, o calderas del tamaño de un rascacielos y prados verdísimos y esponjosos? Lo que hemos sido, lo que somos y lo que seremos, de un solo vistazo. Si nos relajamos y dejamos de forzar la postura para que ninguna esquina de la central nos entre en la foto, La Ribera se convierte en una metáfora de toda Europa.

Nací en 1979, justo cuando los países europeos decidieron que era hora de quitarse de encima esa industria y jubilar a todos los obreros. Crecí, por tanto, en un mundo que denigraba lo industrial, pero nos crió una generación, nacida en las décadas de 1940 y 1950, para la que la industria significaba otra cosa. No suciedad, fealdad y cambio climático, sino trabajo, seguridad y prosperidad. A ellos les enseñaron a admirar los logros de la industria, la perfección de los acabados de las cosas que salían de la fábrica. Mucha gente se desahozó de sus muebles tradicionales por paletos y rústicos y los sustituyó por diseños industriales de

líneas rectas, pulidas y limpias, sin tosquedades. Había un prestigio en lo industrial, una promesa futurista que hoy se ve antigua e ingenua, pero que entonces era poderosa. Nadie quería lo tradicional. Nadie quería cosas auténticas si las podía tener artificiales. Era la época espacial y atómica, la gente soñaba con alimentarse con pastillas que sustituirían la comida, con propulsarse con energía nuclear en naves interestelares y con robots parlanchines que hicieran todo el trabajo. Ni la miel, ni la fabada, ni la sidra natural tenían hueco en un mundo sideral y sintético.

Pero yo nací en una Europa desengañada, con huelgas de mineros y fábricas a medio desmantelar. Crecí con dos mitos explosivos: Chernobyl y el Challenger. Después de tanta muerte, el futuro perdió todo su prestigio y nos envolvimos en pasadismo. La margarita, que parecía un producto sintético tan apropiado, se reveló mortal. Volvimos a un tar rebanadas gruesas de mantecquilla tradicional, en pan rústico y casero, nada de moldes. Nos entregamos a lo artesano, a lo tradicional y a lo auténtico como tablas de salvación frente a la desintegración del mundo.

En La Ribera, el hierro y la hierba componen una sinfonía perfectamente armonizada. En La Ribera no se viaja por el espacio, sino por el tiempo, a través de dos arquitecturas: la del hórreo y la central eléctrica. Entre ambas se descubre la verdad del ser humano. Ya sé que el turismo tiende a subrayar el hórreo y a fingir que la central eléctrica no existe, pero el turismo es parte de esa reacción antiindustrial en la que nos criamos los hijos de Chernobyl. El viajero no puede ser hipocrita y tiene que disfrutar de los contrastes del cuadro completo. Hierro y madera son testimonios de cientos de generaciones que han salido adelante en unas montañas duras y altísimas, de las que han arrancado el sustento.

Los hórreos son coquetos porque no son edificios, y eso es algo que he aprendido en mi visita a La Ribera (puedo decir que sé mucho más sobre hórreos que sobre centrales de ciclo combinado). Son bienes muebles, y como tales pueden desmontarse y volverse a montar de un jardín a otro. Por eso debería de ser fácil protegerlos, como cualquier otro objeto portátil, pero nada es sencillo cuando se intenta proteger el patrimonio. Unas leyes contradicen a otras leyes y donde unos interpretan una cosa, otros interpretan la contraria. El hecho de que los hórreos no sean edificios complica todo, porque no se les puede dar más vida que la ornamental. Ya nadie o casi nadie tiene un hórreo como almacén agrícola, y no admite usos recreativos o residenciales: la ley prohíbe transformarlos en albergues para peregrinos, en bibliotecas o en casitas de invitados en el jardín. Tener un hórreo y conser-

Pasa a la página siguiente

Viene de la página anterior

varlo es una afición carísima que la administración municipal intenta hacer más asequible. Al fin y al cabo, son una seña de identidad ribereña.

Solo en Bueño hay cuarenta y siete hórreos y paneras (una panera es un hórreo grande, pero eso ustedes ya lo saben y yo me acabo de enterar, por eso me apececa ponerlo entre paréntesis, para pasar por erudito). Dicen que es la mayor concentración de estas construcciones en todo Asturias, por eso el ayuntamiento abrió aquí el Centro de Interpretación del Hórreo, cuyo edificio se levanta sobre pilas, a modo de panera. Allí se aprende todo lo que quise saber sobre el hórreo y nunca me atreví a preguntar, y sin la menor sospecha de ironía digo que salí del museo más enamorado de estos graneros. Me compraría uno para llevarmelo a mi ciudad y montar en él un despacho o una biblioteca. Sé que la ley no me lo permite, pero, ¿no sería ese destino mucho más deseable que la putrefacción y la ruina? En Bueño hay al menos tres hórreos del siglo XVI, tres modestas construcciones de madera ante las que ha pasado la historia de España entera desde la Armada Invencible y que tienen muy difícil sobrevivir al siglo XXI. Porque la razón por la que tantos hórreos han sobrevivido tantos siglos es que, hasta no hace tanto, se usaban. Ha sido la modernización de la agricultura (modernización, en el caso de Europa, es un eufemismo para decir desaparición) la que ha vuelto obsoletos los hórreos y les ha condenado al más incierto de los futuros. Pero, ¿se puede concebir el paisaje de Asturias -y de todo el norte cantábrico- sin estos templetos de Ceres que aparecen en cada prado y a la vuelta de cada esquina? ¿No se quedaría Asturias desnuda e irreconocible sin ellos? Quienes se preocupan por conservar los hórreos deben tener muy presente una verdad de Perogrullo: lo que no se usa, o se mete en un museo o desaparece. Y los museos son el sepulcro del arte, como decía Adorno en una cita muy citada, por lo que siempre será más hermoso, más digno y más justo buscarles una nueva vida. Antes que enterrarlos en un museo, por muy bonito y bien explicado que esté.

En Sardin encuentro un hórreo que aún late con vida. Sus dueños lo miman como a una mascota. Lo tienen decorado y acicalado: calabazas, rastrillos, azadas, útiles de labrar y, sobre todo, zuecos. Una exposición multicolor de trastos que visten de coquetaría y cariño la madera vieja. El hórreo se ha integrado tanto en Sardin que parece que las casas le abrazan, en vez de ser una construcción auxiliar adherida a los edificios, como si el pueblo se construyera en torno al hórreo.

Hay algo sagrado en él. Sin la solemnidad de la religión orga-

nizada, más bien como una devoción popular, pero tiene fuerza de tótem. De alguna forma, ese hórreo organiza la vida del lugar. Está vivo. Sin recurrir a esoterismos, se pueden notar su pulso y su sangre.

Al otro lado, un poquito más al norte (pero a un cuarto de hora en coche, pasando por Vegalencia y Soto Rei: los poquitos, en las montañas, son siempre muchos), en Fresnedo, la autovía A-66 resuena en la caja de resonancia del valle. No hay mucho tráfico y, sin embargo, el ruido es grande. No ensordecedor y tampoco diría que molesto -de hecho, a los pocos minutos, se funde en el resto del paisaje sonoro y deja de percibirse-, pero sí grande. He viajado por esa autovía un montón de veces y nunca, hasta ahora, me había detenido en los pueblos de La Ribera. Mientras nuestros guías nos señalan bellezas dignas de ser celebradas, yo me abstraigo en el tráfico de la autovía. Me imagino en uno de esos coches, despidiéndome unos segundos para ver la torre de refrigeración de la central eléctrica y olvidándome de ella unos kilómetros después. Como el resto de conductores que veo circular, me creo invisible, en un estado fuera del tiempo y del espacio, en esa cápsula de irrealidad que es un coche en marcha a ciento veinte kilómetros por hora. Pero asomado al mirador de Fresnedo compruebo que no solo soy visible, sino, sobre todo, audible. La brecha de la autovía, que comunica y divide el valle a la vez, es una presencia fortísima. Creemos que viajamos sin dejar huella, inadvertidos, tal vez clandestinos, pero nuestro paso es la música que oyen (a la fuerza) los vecinos de algunos de los pueblos de La Ribera. De pronto, tengo una conciencia muy grosera de mí mismo. Me gusta pensar que me muevo con sigilo y discreción allá donde voy, pero mi paso transforma el paisaje, lo agrede, lo reformula. ¿Con qué derecho, entonces, voy a reclamar que desaparezca la central eléctrica de la postal? Yo soy mucho más invasor y extraño que cualquier estructura industrial.

Estilo gótico cantábrico, llamaba Juan Cueto, con sorna insuperable, a las estructuras industriales de Asturias y del resto del norte, y si casi siempre basta que pase el tiempo para que lo feo se vuelva bello y apreciado, me pregunto cuántas décadas tienen que pasar para que los tubos, las vigas, las válvulas y los bloques de hormigón se aprecien como apreciamos hoy las calzadas y los acueductos romanos. Para mí ya ha sucedido. La central no es más que un hórreo mecánico, una expresión contemporánea y sobrecogedora que proyecta un testimonio de ferocidad y supervivencia. Tan autóctono como la panera y tan paisaje como el prado. Sé que algún día todo el mundo lo verá con los ojos con los que yo miro, pero tal vez antes tenga que venir el óxido y el polvo a decre-

tar el abandono. Cuando las lecciones de patrimonio no sepan cómo proteger las estructuras de la central, sin uso ni más destino que el museo. Entonces, los guías no llevarán a los visitantes a los rincones más escondidos para que los cables no salgan en la foto: los cables mismos serán el objeto fotografiado. Cables típicamente asturianos. Gótico cantábrico. Orgullo etnográfico.

Para mí ya es el centro del cuadro, llama mi atención, me reclama, me seduce, me encanta. Me reconcilia con esa industria que tanto denostaron en mi infancia. Me conecta con mis abuelos, los que soñaban con comer pastillas de nutrientes, vestir trajes de nailon, conducir coches voladores y fundar colonias en la luna. Me ata a un futuro que me enseñaron a temer y a despreciar pero por el que siento, como nieto de la Europa industrial, una ternura infinita. La Ribera es metáfora de Asturias y de todo el mundo occidental. En su valle, entre el ruido del tráfico de la A-66, resueñan los ecos de todos los mineros, de todos los trabajadores que cambiaron el hórreo y el lagar por la tuerca y el martillo. Toda nuestra historia tiembla en cada rincón de la Ribera, y se desdibuja en las nubes de vapor de agua que salen de la torre de refrigeración.

Retrato de un concejo

Jesús ARANGO

Hay muchas formas de viajar a Ribera de Arriba -la Ribera del Río Grande, como se llamaba antiguamente en mi concejo al Nalón, el mayor río de Asturias-, se puede ir físicamente a conocer su paisaje o conversar con su paisanaje, o bien hacerlo virtualmente a través de un recorrido por su historia o por los perfiles de su socioeconomía. He visitado en varias ocasiones el concejo y contemplado sus paisajes, he recorrido su vega bajo la omnipresencia de la central térmica, pero el recuerdo que guardo en mi memoria son los cerezos que florecen todavía en algunos lugares del concejo en primavera y que hoy tanto escasean en otros sitios de Asturias. Sin embargo, en esta ocasión no voy a repetir viaje, simplemente trataré de pergeñar unas pinceladas que pretendan perfilar un retrato -más bien una ficha numérica- de lo que es Ribera de Arriba en sus aspectos demográficos y económicos. Espero que el resultado tenga alguna utilidad para un mejor conocimiento del concejo por parte de los de adentro y de los de afuera.

Tarjeta de presentación

Ribera de Arriba es un concejo cuya capital -Soto de Ribera- se encuentra a 132 metros de altura y dista unos 5 kilómetros de Oviedo. La superficie del concejo asciende a 22 kilómetros cuadrados, lo que le coloca en el

puesto número 75 dentro de los 78 concejos existentes en Asturias: Caravia, Muros de Nalón y Noreña son los tres municipios asturianos que tienen menor extensión que Ribera de Arriba. En 2018, la población del concejo arrojaba un total de 1.857 habitantes, lo que le situaba en el puesto número 44 dentro del ranking de población de los municipios de Asturias.

Territorio

Casi un tercio de la superficie del concejo está situado por debajo de los 200 metros de altitud, mientras que en el caso del conjunto de Asturias este estrato de altitud solo está ocupado por menos de una quinta parte del territorio. Casi la mitad del concejo se encuentra localizada entre los 200 y 400 metros de altura. En cambio, ninguna parte de Ribera de Arriba está situada por encima de los 800 metros de altura, mientras que prácticamente un tercio de la superficie regional rebasa esa cota de altitud.

Cuadro n.º 1 Ribera de Arriba según alturas

Altitud	km ²	%
Menos de 200 m.	7,00	31,80
De 200 a 400 m.	10,70	48,90
De 401 a 800 m.	4,20	19,30
Más de 800 m.	0,00	0,00
Total	22,00	100,00

Fuente: Instituto Geográfico Nacional.
Elaborado por SADEI

La cota máxima del concejo es el alto Magarrón, que se encuentra a 655 metros de altitud, mientras que la cota mínima se sitúa en los 107 metros, a la altura del río Nalón. Como ya se comentó anteriormente, la capital del concejo -Soto de Ribera- se localiza a una altitud de 132 metros.

Si se toma como referencia la pendiente, Ribera de Arriba es un municipio relativamente llano si se le compara con los resultados que se obtienen para la media regional. En el cuadro n.º 2 se muestra la distribución de la superficie municipal según la pendiente de la misma.

Cuadro n.º 2 Ribera de Arriba según pendientes

Pendiente	Kilómetros cuadrados	%
Menos del 3%	2,2	9,8
Del 3 al 10%	1,8	8,3
Del 11 al 20%	2,4	10,7
Del 21 al 30%	3,4	15,6
Del 31 al 50%	7,7	35,2
Más del 50%	4,5	20,4
Total	22	100

Fuente: Instituto Geográfico Nacional.
Elaborado por SADEI

El 10 por ciento de la superficie de Ribera de Arriba tiene una pendiente inferior al 3 por ciento, característica que solamente exhibe apenas el 3 por ciento del territorio de Asturias. En el extremo opuesto, la parte del concejo que supera niveles del 50 por ciento de pendiente significan una quinta parte del total, mientras que esa ratio se atribuye a más de un tercio de la superficie regional.

Cuadro n.º 3 Ribera de Arriba según usos del suelo

Uso	Ha	%
Tierras de cultivo	18	0,8
Prados y pastizales	899	40,9
Terreno forestal	934	42,5
Otras superficies	348	15,8
Total	2.199	100

Fuente: SADEI. Anuario Estadístico de Asturias

En Ribera de Arriba solamente se destinan a tierras de cultivo unas 18 hectáreas, menos del 1 por ciento de la superficie del municipio. Los prados y pastizales se extienden por casi 900 hectáreas, que agrupan al 41 por ciento del territorio del concejo, mientras que a nivel regional este tipo de uso del suelo, en términos relativos, representa once puntos porcentuales menos: el 30 por ciento. El terreno forestal ocupa una superficie ligeramente superior a la de prados y pastizales, extendiéndose por 934 hectáreas, que significan el 43 por ciento del territorio municipal, lo que se diferencia en quince puntos porcentuales menos con respecto a la importancia relativa que tienen en Asturias los terrenos forestales: el 58 por ciento.

Finalmente, el conjunto de otras superficies, formado básicamente por los núcleos de población y las superficies industriales y de infraestructuras, ocupan casi 348 hectáreas, un 16 por ciento del territorio, porcentaje superior en cinco puntos porcentuales al que significan este tipo de superficies en el conjunto de Asturias.

Población

La evolución de la población arranca con una cifra de 2.034 habitantes a mediados del siglo XIX y llega a un máximo de 2.989 residentes en 1970, a partir de esa fecha la demografía del concejo experimenta una reducción considerable, que se traduce en una disminución de 1.132 habitantes entre 1970 y 2018, lo que en términos porcentuales significa una reducción del 38 por ciento. En el gráfico n.º 1 se ofrecen las cifras de población para el período 1857-2018.

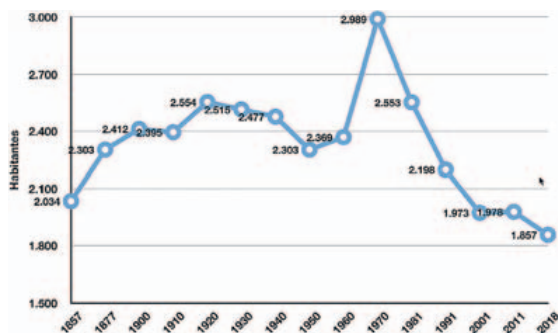


Gráfico n.º 1 Evolución de la población de Ribera de Arriba

Por otra parte, la relación entre población y territorio expresada a través de la densidad de población nos dice que en 2018 había en Ribera de Arriba 84,5 habitantes por kilómetro cuadrado, cifra bastante próxima a la exhibida en esa fecha por la media regional (97 habitantes por kilómetro cuadrado) y que coloca a Ribera de Arriba en el puesto número 18 entre los municipios asturianos en cuanto a densidad de población se refiere.

De los 1.873 habitantes existentes en 2017, 940 eran hombres y 933 mujeres. En el cuadro n.º 4 se presenta la distribución por grupos de edad de los habitantes del concejo con la finalidad de poder delimitar una aproximación a la dimensión de los colectivos, que por sus características y objetivos, precisa del desarrollo de determinadas políticas públicas. Así, el colectivo de hasta 16 años es el que determina las necesidades de plazas de educación obligatoria: hay 250 habitantes, repartidos a partes iguales entre niños y niñas, que significan el 13 por ciento de la población del concejo.

En tareas domésticas— en el mercado de trabajo, con un empleo o en paro, pero que por razones de edad debe ser objeto de medidas de actualización y perfeccionamiento de sus cualificaciones, y además constituye el colectivo en el que más pueden prender los estímulos al emprendimiento: suman 501 adultos, de los que 255 son varones y 246 mujeres, que significan el 27 por ciento de la población del concejo. El colectivo de 46 a 65 años, que constituye el grupo de adultos que suma amas de casa y personas que ya llevan muchos años en el mercado de trabajo y que se dirigen hacia la jubilación: suman 574 habitantes, de los que 303 son varones y 271 mujeres, que representan el 31 por ciento de los residentes en Ribera de Arriba.

Dentro las personas de edad avanzada se diferencia un primer grupo, de 66 a 80 años, que podría ser objeto de políticas de envejecimiento activo: en ese intervalo de edad existen 254 personas, de las que 121 son hombres y 133 mujeres, que significan el 14 por ciento de la población existente en el municipio. Finalmente, estaría el colectivo de personas de edad más avanzada, de más de 80 años, que focaliza las

Edad	Hombres		Mujeres		Total	
	Nº	%	Nº	%	Nº	%
Hasta 16 años	125	13,3	125	13,4	250	13,3
De 17 a 25 años	68	7,2	60	6,4	128	6,8
De 26 a 45 años	255	27,1	246	26,4	501	26,7
De 46 a 65 años	303	32,2	271	29	574	30,6
De 66 a 80 años	121	12,9	133	14,3	254	13,6
Más de 80 años	68	7,2	98	10,5	166	8,9
Total	940	100	933	100	1.873	100

Fuente: SADEI. Padrón Municipal de Habitantes

Cuadro n.º 4 Población de Ribera de Arriba por edades. Año 2017

El grupo de 16 a 25 años estaría constituido—mayoritariamente— por los jóvenes que, o bien siguen estudiando, o tienen un empleo, o lo están buscando: suman 128 jóvenes (68 varones y 60 mujeres), que representan el 7 por ciento del total.

El colectivo de 26 a 45 años, que constituye una parte considerable de la población adulta y que se encuentra—salvo la parte ocu-

necesidades de una adecuada política de la dependencia: suman 166 personas mayores, de los que 68 son varones y 98 mujeres, que representan el 9 por ciento de los residentes en Ribera de Arriba. En los datos anteriores puede apreciarse una mayor presencia de mujeres en los colectivos de edad más avanzada, especialmente entre la población mayor de 80 años.

Como dato curioso se puede señalar que ninguno de los residentes en Ribera de Arriba rebasa los 96 años—hay dos mujeres

de esa edad— y por tanto ninguno de los 472 asturianos que superaban en 2017 esa longevidad residía en el concejo. Partiendo de que Asturias es la región más envejecida de España, cabe preguntarse que ocurre con la población de Ribera de Arriba desde la perspectiva del envejecimiento. En este sentido, existe un indicador sintético para medir el grado de envejecimiento, conocido como índice de Vaaloras, que mide el porcentaje que representa la población mayor de 64 años con respecto a la menor de 15 años, y que en el caso de Ribera se situaba en 2017 en un 201 por ciento, ratio muy próxima al valor de la media regional, y que, en otras palabras, significa que en el concejo hay el doble de personas mayores que niños. A pesar de ello, Ribera de Arriba se encuentra en la clasificación de concejos con una población más joven: ocupa el séptimo lugar entre los 78 municipios asturianos en la clasificación del índice de Vaaloras, de menor a mayor índice de envejecimiento.

Por último, cabe señalar que la caída de la población del concejo se explica en parte por un crecimiento vegetativo de carácter negativo (nacimientos menos defunciones) durante las últimas décadas, alcanzando en 2016 dicho saldo el valor negativo de -15, consecuencia de 9 nacimientos y 24 defunciones. El otro componente que afecta a la disminución de la población es el balance también negativo de los movimientos migratorios: en 2016 la salida de personas del concejo superó en 19 a aquellas otras que decidieron instalarse en el mismo.

Producción y renta

Desde hace más de tres décadas, Asturias cuenta con una estimación de las principales macromagnitudes económicas municipales, que viene siendo realizada por SADEI a través de una serie bianual, cuyos últimos datos disponibles están referidos al año 2014. El valor de producción obtenido en el concejo de Ribera de Arriba en 2014 ascendió a 247 millones de euros, a partir del cual se generó un Producto Interior Bruto de 76 millones de euros. El origen sectorial de este valor añadido se recoge en el cuadro n.º 5, en el que se puede observar el carácter industrial que tiene el concejo, pues la aportación de esta rama productiva acapara el 81 por ciento del PIB generado en Ribera de Arriba. Y ello se debe fundamentalmente a la importancia que tiene en el concejo la producción de energía eléctrica, cuyo valor añadido ascendió en 2014 a 59 millones de euros. La importancia de la actividad agraria es muy pequeña, quedando reducida a la aportación de un valor añadido de tan sólo 124.000 euros. Algo más importante resulta la generación de valor añadido por parte del sector de la construcción, que sumó poco más de un millón de euros.

Cuadro n.º 5 Producto Interior Bruto de Ribera de Arriba. Año 2014

Rama	Miles de euros	%
Agricultura	124	0,2
Industria	61.376	80,5
Construcción	1.001	1,3
Servicios	13.741	18
Total	76.242	100

Finalmente, las diferentes ramas de servicios suman un valor añadido bruto de casi 14 millones de euros, lo que representa el 18 por ciento del PIB municipal, constituyendo las actividades de la administración pública, enseñanza y sanidad, la rama que más aporta: 5,4 millones de euros. En el caso de Asturias, la participación sectorial es bastante diferente: la agricultura y la pesca aportan el 2 por ciento, la industria el 21 por ciento, la construcción el 5 por ciento y los servicios el 72 por ciento.

Después de realizar los correspondientes ajustes para pasar del concepto de Producto Interior Bruto al de Renta Municipal, se puede señalar que en el concejo de Ribera de Arriba esta última partida ascendió en 2014 a casi 21 millones de euros, de los que 15,5 millones de euros (74 por ciento), constituían la partida de la remuneración de los asalariados residentes en el concejo. Esta última cifra, si se compara con la remuneración salarial devengada en el interior del concejo, que ascendió a 17,3 millones de euros, pone de relieve que una parte de los salarios pagados en Ribera de Arriba son obtenidos por trabajadores que no residen en el municipio. Esta diferencia es mucho más significativa en el caso del excedente de explotación, pues mientras que la cifra generada dentro del concejo ascendió a 25,8 millones de euros en 2014, el excedente de explotación que permaneció en Ribera de Arriba sólo sumaba 4 millones de euros. Principalmente, la explicación estaría en el hecho de que el excedente de explotación generado por la central térmica sale del municipio en forma de beneficios de la empresa propietaria que tiene su sede social fuera del mismo. Así pues, si se tiene en cuenta las retribuciones de los factores de producción (trabajo y capital) propiedad de los residentes en Ribera de Arriba, los ajustes pertinentes dan lugar a una Renta Municipal de 20,9 millones de euros, que solamente significa el 27 por ciento del Producto Interior Bruto generado en el concejo, que ascendió en 2014 a un total de 76 millones de euros.

Teniendo en cuenta que los residentes en Ribera de Arriba pagaron 2,6 millones de euros en concepto de impuestos sobre la renta y 4,6 millones de euros de cotizaciones a la Seguridad Social y, por otra parte, percibieron 11 millones de euros en presta-

ciones sociales efectivas—la mayor parte en forma de pago de pensiones—, la Renta Familiar Disponible del municipio ascendió a 24,6 millones de euros en 2014. Según las estimaciones realizadas por SADEI, las prestaciones sociales en especie—básicamente en concepto de servicios de enseñanza y sanidad—sumaron 4,8 millones de euros, por lo que el saldo de que se conoce como la Renta Familiar Disponible Ajustada se situó en los 29,4 millones de euros.

Las cifras anteriores ponen de manifiesto la función de redistribución que desempeñan las administraciones públicas al favorecer el nivel de ingresos del que finalmente disponen los residentes en Ribera de Arriba, pues se pasa de una Renta Municipal de 20,9 millones de euros a una Renta Familiar Disponible Ajustada de 29,4 millones de euros, lo que significa un incremento del 41 por ciento. En otras palabras, en 2014, casi el 30 por ciento de los ingresos que los habitantes de Ribera de Arriba dispusieron para el consumo y el ahorro procedían de la actividad redistributiva que desarrollan las distintas administraciones públicas a través del pago neto de prestaciones sociales y otro tipo de ayudas.

Tomando como referencia datos más recientes facilitadas por la Agencia Tributaria que ofrece una estadística de los declarantes por el Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas (IRPF) en municipios mayores de 1.000 habitantes para el ejercicio de 2016, en Ribera de Arriba se presentaron 715 declaraciones y sobre la base de las cuales se estimó que la renta bruta media ascendía 25.658 euros y la renta disponible media a 21.429 euros, lo que posiciona al concejo en noveno lugar entre 60 concejos asturianos que superaban en aquella fecha los 1.000 habitantes y en el puesto 460 entre los municipios españoles que superan la citada cifra de población. En Asturias la renta bruta media de Ribera de Arriba sólo fue superada por los concejos de Oviedo, Noreña, Castiellón, Morcín, Riosa, Gijón, Llana y Avilés.

Empleo y paro

En 2016 se generaron en Ribera de Arriba un total de 494 empleos, cifras muy inferior a los 608 puestos de trabajo existentes en el año 2000 y de los 579 que se registraron en 2010. De los 494 empleos, 406 tenían la condición de asalariados, mientras que los 88 restantes eran trabajadores por cuenta propia o autónomos. Por sectores, la agricultura solamente daba empleo a 10 personas, la industria a 187 ocupados, la construcción generaba 21 empleos y las ramas de servicios registraban un volumen de 276 empleos. De las 300 contrataciones laborales formalizadas durante el año 2015 en concejo, 5 adoptaron la forma de contratos indefinidos, 290 contratos eran de naturaleza

Viene de la página anterior

temporal y 5 contrataciones tenían carácter formativo.

En el año 2016 se registraron en Ribera de Arriba un total de 227 parados, de los que 4 eran analfabetos, 46 poseían niveles de Educación Primaria, 129 tenían una titulación de formación profesional, 23 provenían de la formación profesional superior, 11 habían cursado Educación Secundaria, 13 poseían un título universitario y de uno se desconocía su nivel educativo.

La distribución del paro registrado por profesiones a 31 de diciembre de 2016 era como sigue: 11 eran técnicos y profesionales científicos, 12 técnicos y profesionales de apoyo, 12 empleados administrativos, 29 trabajadores de los servicios, 10 trabajadores de la agricultura, 33 trabajadores cualificados de la industria, 17 operadores de maquinaria y 103 trabajadores no cualificados.

En el cuadro n.º 6 se recoge la distribución por edades y sexo de los parados registrados en el concejo a 31 de diciembre de 2016 y en el mismo se puede examinar los grupos de edad y género más afectados por el desempleo.

Cuadro n.º 6 Ribera de Arriba. Parados registrados a 31 de diciembre de 2016

Edad	Número de personas			En porcentajes		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
Menos de 20 años	1	2	3	0,8	2	1,3
De 20 a 24 años	7	4	11	5,6	3,9	4,8
De 25 a 29 años	16	7	23	12,8	6,9	10,1
De 30 a 34 años	15	21	36	12	20,6	15,9
De 35 a 39 años	17	15	32	13,6	14,7	14,1
De 40 a 44 años	17	14	31	13,6	13,7	13,7
De 45 a 49 años	16	12	28	12,8	11,8	12,3
De 50 a 54 años	9	9	18	7,2	8,8	7,9
De 55 a 59 años	15	11	26	12	10,8	11,5
De 60 y más años	12	7	19	9,6	6,9	8,4
Total	125	102	227	100	100	100

Fuente: Servicios Públicos de Empleo. Estatal (SPEE) y Autonómico (SEPEPA)

Otros indicadores

En 2016, en Ribera de Arriba había 40 explotaciones de ganado vacuno que sumaban 458 cabezas; de ovino existían 12 explotaciones con 121 cabezas y de caprino se registraban 4 explotaciones con 18 cabezas. Solo existía una ganadería que entregaba leche con una producción anual de 44.421 kilogramos.

Según el último censo de la vivienda referido a 2011, en el concejo había 870 edificios y 1.092 inmuebles. El número de viviendas familiares era de 1.090, de las que 845 tenían la consideración de principales y 245 de no principales.

En el curso 2016-2017 había 2 centros escolares en el concejo, uno público y otro privado concertado, que albergaban un total de 140 alumnos, de los que 26 pertenecían al nivel de Enseñanza

Infantil, 36 al de Primaria y 128 eran alumnos de Secundaria.

En 2016 no existía en el concejo ningún establecimiento hotelero y dentro de los alojamientos de turismo rural había 8 casas de aldea con 40 plazas. En el concejo existen 4 restaurantes que suman un total de 260 plazas. En cultura y tiempo libre destaca la existencia de 4 zonas arqueológicas, una biblioteca pública y un coto de caza que se extiende por todo el territorio municipal.

En 2015, en Ribera de Arriba había 941 turistas, lo que significa 498 coches por cada 1.000 habitantes, lo que le lleva a ocupar al concejo el puesto 53 entre los municipios de Asturias clasificados según esta ratio.

En 2016 existían en el concejo 182 licencias relacionadas con el Impuesto de Actividades Económicas (IAE), lo que equivale a 95 licencias por cada 1.000 habitantes, ocupando Ribera de Arriba el puesto 60 en el ranking de municipios asturianos según este indicador. El mayor número de licencias en el concejo se concentra en el comercio (44), la construcción (42), las actividades inmobiliarias y los servicios empresariales (29) y la hostelería (23).

Parroquias del concejo

Hasta aquí la información incluida se refería al conjunto del

concejo, Rebolón (6 habitantes), Quintaniella y Santigüeda, con 4 habitantes cada uno.

Cuadro n.º 7 Ribera de Arriba. Distribución de la población por parroquias en 2017

Parroquia	Superficie		Población 2018		Densidad
	Ha	Hombres	Mujeres	Total	Hab./Km2
Ferreros	432	398	412	810	187,5
Palombar	588	76	68	144	24,5
Perera	249	175	176	351	141
Soto Ribera	351	196	188	384	109,4
Tellego	578	95	89	184	31,8
Total concejo	2.198	940	933	1.873	85,2

Fuente: SADEL. Nomenclátor de entidades de población

La segunda parroquia más poblada es la de Soto de Ribera, con 384 habitantes y una densidad de 109 habitantes por kilómetro cuadrado. En esta parroquia solamente se localizan tres lugares poblados, la capital del concejo con 374 habitantes y dos caserías: La Carrera con 7 habitantes y Vixel con 3 habitantes.

Le sigue en orden de importancia poblacional, la parroquia de Perera, con 351 habitantes y una densidad de 141 habitantes por kilómetro cuadrado. El principal núcleo de población de la parroquia es la localidad de Soto del Rey, con 304 habitantes. También alberga el lugar de Fresnedo, con 30 habitantes y las caserías de Picullanza (16 habitantes) y La Candama (1 habitante), existiendo, asimismo, la casería de La Casuca, que se encuentra actualmente deshabitada.

La cuarta parroquia en cuanto a tamaño de población es la de Tellego, con un total de 184 habitantes y una densidad de 32 habitantes por kilómetro cuadrado. En ella se encuentra la localidad de Tellego, con 68 habitantes, los lugares de Vegalencia (57 habitantes) y Entrepueños (22 habitantes), las aldeas de Sardin (27 habitantes) y La Mortera (10 habitantes) y una casería deshabitada: Les Mianes.

La parroquia menos poblada es la de Palombar, con 144 habitantes y una densidad de 25 habitantes por kilómetro cuadrado. En ella se encuentran seis núcleos de población, siendo el más importante el lugar de Palombar, con 48 habitantes. Le siguen Llavareyos, con 41 habitantes, La Mortera (26 habitantes), Fuexos (26 habitantes) y las caserías de El Rebolal (2 habitantes) y El Cabornio (1 habitante).

Los campos del futuro

A mediados del siglo XVIII, Ribera de Arriba, como casi la totalidad de los concejos de Asturias, presentaba una estructura productiva fundamentada casi exclusivamente en una agricultura de subsistencia muy diversificada. Las Respuestas Generales del Catastro de la Ense-

nada nos dicen que en el concejo había en 1754 un censo ganadero que registraba 47 bueyes, 178 vacas, 87 terneros, 29 añejos, 128 novillos, 29 yeguas, 9 potrancos, 30 potros, 11 caballos de carga, 558 ovejas, 48 cor-

mayoría en un lamentable estado de abandono.

En busca del Corazón verde

Ángela VALLVEY
ARÉVALO

Sí, es verdad: existen dos Españas, pero no son las que la gente cree, sino otras: la España de color marrón y la España verde. Como oriunda de un valle en las estribaciones de la meseta, me inquieta el color amarillo amarillado de la tierra, que se puede observar en toda su trascendencia desde un avión, cuando se sobrevuela la península Ibérica. Una irisación de gran enjundia, que yo asocio con la sequía infatigable, y por tanto con las malas cosechas, las restricciones de agua y películas posapocalípticas estilo Mad Max.

Por eso, visitar la Ribera asturiana resulta para mí una experiencia reconfortante. Un tónico para el espíritu. Cosa semejante a la reparadora sensación de encontrar algo que había perdido. Que consuela y alimenta mi corazón estepario. Que le da vida.

Asturias es un devocionario del color.

Verde, claro.

Verde, oscuro.

Viajando desde Madrid, el tren atraviesa un paisaje nevado, que se pone interesante cuando nos acercamos a León, una vez superada la frontera invisible entre la España marrón y la verde. Un escenario de cuentos de invierno donde el cielo le da la mano al suelo, con un blanco montaraz que a veces se descuelga por los riscos, como agazapado para una emboscada, en espera de que caiga la noche.

Ahí se percibe ese contraste, se dibuja la perspectiva influida y formateada por Google Maps y los viajes aéreos. A vista de piloto comercial, las dos Españas que se enfrentan.

Una, que proviene de África, con las ganas de conquista de un migrante sin nada que perder, y la otra que se aferra al septentrion, a los vientos limpios norteros, a la nieve hermosa.

Para pasar de una a otra España hay que atravesar soberbios puertos de montaña, que se elevan como gigantes con el ceño fruncido, haciéndole advertencias al visitante de que está entrando en un reino de vertientes y valles de un verde umbrío que guarda un precioso enigma ancestral.

En la Meseta estamos teniendo un invierno suave y atípico, seco y caliente, de esos que jamás se habían conocido, y que en el futuro quién sabe qué significarán; un aire tibio ha carbonado la tierra y hecho que todo parezca cálido y extraño. La atmósfera se ha convertido en un pergamino tostado por la contaminación en Madrid. Pero en Asturias, según leo en LA NUEVA ESPAÑA, se ha sentido un frío que venía con ganas. Si



bien, en estos últimos días, el invierno se ha acicalado de primavera. Luce un sol amable y austero, que deja caer rayos de metal dorado sobre Oviedo.

Siguiendo los mandamientos del verdor, escritos en las frondas de los bosques, las temperaturas se han ido despojando en capas, como una cebolla cruda y glacial, hasta descubrir una hondura aterrida, un aire que parece recién fregado y deja que la vista viaje rápida hacia el horizonte, donde se han juntado todos los colores, dispuestos a no dejarse empañar por el tiempo. Ni el cronológico ni el meteorológico.

Y entonces, al llegar a la Ribera, un resplandor verde me ciega.

Como si acabaran de abrir el telón del paisaje.

Parece mentira que estemos tan cerca de la capital y la torre de su catedral, que hace juegos malabares, como diría Leopoldo Alas Clarín, frente al cielo.

Éste de la Ribera es un valle rociado de aldeas, hórreos y caseiros pintados de colores vivos. Porque los colores de la Ribera son así: seres vivos que se solazan en la humedad del aire.

El alcalde, José Ramón García Saiz, nos da la bienvenida. Se le nota la pizca de noble orgullo cuando habla, por haber logrado el milagro de mantener su jurisdicción ajena a la corrupción política que últimamente parece mancharlo todo.

Pues aquí, como en la aldea de Asterix...

El Ayuntamiento parece una casona más, añadida con gracia a una campiña llena de paradojas bucólicas e industriales. Porque La Ribera también ha conseguido alcanzar un complicado equilibrio integrando a una central térmica en este valle asturiano de leyenda.

El aire es claro y la vista lo alcanza todo: el cielo, que es una promesa en sazón, y la tierra, que ha brotado desde el río. No cae ni

una gota de lluvia que tamice la luz. Solo los árboles consiguen atraparla entre sus ramas, como si fuera niebla cristalina y silenciosa.

La térmica de Soto de Ribera es, por sí sola, todo un paisaje. Y una distancia: la que va de la piedra al acero. Del agua salvaje al metal fundido. Construida en el año 1957, es un ingenio mecánico que se ha asentado en el valle como un inquilino de renta anti-gua. Como un monstruo que tiene miedo de los niños. Se baña en las aguas rumorosas y agrestes del río Nalón, y es de esos que se fuman un puro en la tranquila espera de su lejano desahucio. Pero lo sorprendente de esta térmica es que no ha generado a su alrededor un "paisaje industrial negro", típico del carbón y de una industrialización minera, ahumada y antigua. No. En la Ribera, la térmica se ha sumado al valle, como un animal que camufla sus pigmentos, adecuándolos al tono de la tierra y los árboles que lo rodean, para pasar inadvertido.

No siempre fue así. Por supuesto. Pero hoy día, la térmica se ha dejado someter por el verde de la Ribera. Se ha rendido. Parece otro milagro, aunque en eso hayan tenido más que ver el alcalde y los tenaces vecinos, que los fenómenos paranormales. Juntos han embrudado a una industria ya de por sí indómita, y han sabido convertirla en una fuente de prosperidad, cuando podía haber sido germen de fealdad y miseria ambiental.

Uno de los mejores frutos paisajísticos de la térmica, el que más me llama la atención, son las viviendas para el personal, en Las Segadas de Abajo, que diseñó el arquitecto asturiano de posguerra Álvarez Castelao, miembro de la Generación de 1939, compuesta por arquitectos modernos, siempre atentos a la vanguardia y las ideas avanzadas que llegaban del extranjero y que significaban "progreso". Son casas que bien

podrían haberse construido en un barrio floreciente norteamericano de principios de los años 60, cuando Occidente creía que el mundo —no solo la Luna— estaba por conquistar, y se edificaban casas amplias, luminosas, de líneas destiladas, dispuestas para albergar a familias grandes y felices que reían durante todo el día y solo se permitían ir a dormir para disfrutar en la cama del sueño americano.

Si algo define a los pueblos de Ribera de Arriba —de Bueño a Ferreros, de Soto de Rey a La Mortera, de Soto de Ribera a Sardin o Tellego...— son sus ríos. Esta es una tierra entre ríos. Y la tierra le debe al río tanto como el agua al verdor del valle. El agua de los ríos también se pone verde, según desde dónde se mire. Es el verde de la profundidad fresca que ofrecen el Nalón y el Caudal.

La huella industrial podría haber convertido a cualquiera de los ríos de la Ribera en "una arteria de enfermo", como en tiempos calificaba Unamuno a la ría de Bilbao, un arroyuelo que "brezó nuestros sueños de infancia" y terminó siendo un agua "sucio de ordinario, con escurrajas negras de carbón".

Por el contrario, ahora en la Ribera, los ríos son transparentes, alegremente caudalosos, y están aseados. Ambos, el Nalón y el Caudal, se juntan a su paso por la Ribera de Arriba y convierten al concejo en un sueño piragüista.

Aquí los ríos siguen siendo ríos, no se han transformado en rías. Gracias, como digo, al empeño de los habitantes de la comarca, que han logrado depurar las aguas y hacerlas aptas para los deportes acuáticos, para el disfrute, para la vida... En este momento superan con nota un concurso de belleza. Y es que La Ribera es un prodigio de sostenibilidad, y esa dignidad ecológica no es la menos importante de las bondades que muestra.

Cuando un río pasa a ser deno-

minado río, por lo general se debe a que ha adquirido la naturaleza de un desagüe, y en tal caso, ya puede de una ir en busca del corazón verde de la tierra, con todo el empeño que quiera, que invariablemente se encontrará con que ese corazón está cerrado por vacaciones.

Porque lo que alimenta el espíritu del suelo, siempre es el agua. Limpia, libre. El agua de la España verde. Esa que, en la Ribera, cuenta secretos de historia vieja y vidas decentes, a su paso bajo los puentes.

La Ribera conserva con mimo, lo que honra a sus gentes, muchos edificios atractivos, desde el punto de vista histórico o arquitectónico, esparcidos por un paisaje que es un lienzo sin más límites que los del monte, donde el verdor resalta las obras humanas.

Capillas como la de San Juan de Mata, de la Virgen de los Remedios, del Santo Ángel o la del Carmen; iglesias como la de San Pedro o San Nicolás de Bari; casonas como la del licenciado Carlos Prieto, la de los Hevia-Ponte, la Quinta o el palacio de San José... son sorpresas derramadas por el verdor, que descubro como si se tratara de golosinas tiradas en el suelo después de una celebración infantil. La fiesta de este valle donde el cielo —no cae ni una gota de lluvia, y el confin de la Ribera hoy no tiene celajes— está tan claro que parece empeñado en acercarse al suelo para acariciar la hierba.

Me detengo en el castillo de Soto de Rey, del que quedan apenas una portada de arco apuntado y unas hermosas ruinas carcomidas por la hiedra. Se asocia con Urraca I, reina de León, un personaje por el que siento una especial fascinación. Una mujer rebelde, soberana en un sentido mejor que el regio: en el personal, en la política de Estado, pero también de la intimidad.

Doña Urraca, reina de Castilla y de León, nacida probablemente en el año 1081, y muerta en el 1126, era hija de Alfonso VI. Se

casó a los nueve años con Raimundo, conde de Galicia y, después de enviudar, en segundas nupcias, sobre el año 1106, con Alfonso el Batallador, rey de Navarra y Aragón.

Los cronistas decían que Urraca se dedicaba a las intrigas, a las guerras y a las batallas, como si la batalladora fuese ella en lugar de su segundo marido, pero el caso es que no paró hasta obtener el divorcio de Alfonso, un hombre que la maltrató con asiduidad.

Las batallas que ganaba o perdía le quitaban y luego le devolvían el trono. Su existencia fue un ir y venir desde el poder a su trastienda y a la conspiración, del trono a la lucha. Combatiendo a su vez por conseguir la corona para su hijo, la compartió con él y acabó guerreando contra su propio vástago.

Los historiadores a menudo la acusan de tener un ardor guerrero propio de un hombre más que de una mujer, y de poseer una ambición desmedida que habrían justificado, sin duda alguna, si ella hubiese sido un hombre, pero que ha estado oportunamente mal vista en una señora.

Resulta muy significativo que sea doña Urraca —una mujer a la que su marido pegaba y vejaba— la primera mujer que ostenta el cometido de reina propietaria del poder en España. Sus bisabuelos fueron un rey de Aragón, un rey de Navarra, una condesa de Castilla y un rey de Francia. Ella era hija de Alfonso VI, que había tenido cinco esposas legales y que no conseguía tener hijos varones, excepto el que le dio Zaida, una supuesta princesa árabe con quien concibió a su hijo Sancho II de Castilla, que salió arrojado como su padre, y quizás por eso murió, siendo apenas un niño, peleando en una batalla (Uclés, 1108).

Doña Urraca fue una persona de carácter, eso nadie puede ne-

Viene de la página anterior

gárselo. Muy lejos de las cualidades de debilidad y dependencia del marido que se suponían a las mujeres de su época. Tuvo valor suficiente para enfrentarse a su segundo marido, a su hijo y a los nobles de su tiempo.

Me imagino a doña Urraca paseando por los prados de la Ribera, con la mirada enfebrecida y los cabellos sueltos. Gritando y disfrutando del aire fresco, de los promontorios y ríos resplandecientes.

El estrago del tiempo ha modelado la casa que pisó aquel personaje inefable. Debió ser una residencia palatinamente sobria. En ella, alguna vez durmió, amó y soñó doña Urraca, una mujer fuerte, original y valiente.

Seguro que ella también admiraba la belleza que envolvía al valle donde la Ribera se asienta, apacible, como un merecido regalo nupcial para los ojos.

Hoy es un obsequio de valor incalculable para los míos.

De inmediato, siento una conexión especial con estas piedras en ruina que rezuman humedad, el destilado de un amanecer crudo en forma de gotas de rocío, y acaricio el arco de la puerta, queriendo atrapar el pasado entre mis dedos...

Pero no hay manera.

Junto al Nalón

Xuan BELLO

Entre los muchos poemas memorables de Rudyard Kipling hay uno que mi memoria atesora casi por completo. Se titula «Sussex» y sus primeros versos dicen así:

Ya que la tierra es demasiado grande

para el amor de nuestros pequeños corazones,

quiso Dios que a cada uno le bastara

un trozo, el más querido; para que, como dioses que contemplan

lo creado, pudiéramos juzgar buena la tierra que creamos de nuestro propio amor.

En La Ribera (prefiero seguir llamándola la Ribera d'Arriba pues vivo en la d'Abaxo, absor-

bida esta última por el concejo de Oviedo) la tierra le habla al corazón que escucha. Es un paisaje que tengo entrañado desde la infancia, cuando vivía en Tudela Veguín, y todos los amaneceres del invierno me sorprendían en el tren camino del colegio. Entre el vaho de la ventanilla veía Soto Rei, Soto Ribera... y ya Les Segaes y el Caleyú. Al llegar a la Estación del Norte, en Oviedo, nos despedíamos de los viajeros que al día siguiente volveríamos a encontrar.

Un día, sería hacia 1977 o 1978, en la estación de Soto Rei, se subió un señor muy elegante, que a mí me pareció muy grande, acompañado por varios obreros vestidos de domingo. La señora que iba enfrente de mí, con una cesta con huevos en el regazo, apartó con sumo cuidado la cesta y se acercó a aquel señor tímida y orgullosa a la vez para darle un abrazo.

Cuando se volvió a sentar en su sitio, después de colocar cuidadosamente la cesta de huevos en su regazo, me dijo como en un susurro:

—El Paisanu...

No sé yo qué habría estado haciendo en la Ribera Horacio Fernández Iguanzo, «El Paisanu», dirigente del Partido Comunista de Asturias y de quien por entonces se contaban aventuras sin cuento. Yo tenía 12 años, en casa se habían empeñado en disimularme el alma debajo de una sotana, pero ya sospechaban que mi sino era sin remedio de la cáscara amarga. Mi padre —oficial de la Guardia Civil— en la comida de los domingos había hablado muy bien del Paisanu recordando una anécdota que le había sucedido hacía muchos años, antes de casarse con mi madre, cuando este que escribe era aún algo no soñado. Mi padre —sería entonces sargento o cabo— iba con su morral y su mosquetón con un guardia de Extremadura por el Alto del Padrún. Vieron un coche de matrícula francesa averiado en la cuneta y se acercaron para socorrerles. El dueño del coche, acompañado por dos hermanos de Llaviana, se presentó como un médico francés de Tolouse que iba a Mieres por un asunto médico de importancia. Sólo dijo eso, «un asunto médico de importancia», y mi padre, que no sabía nada de mecánica, abrió el capot del coche y dijo

que seguro que era el manguito. Confesó que pensó en ese momento en una niña enferma, quizás la hija de un ingeniero, y que como el ingeniero tenía posibles habían llamado a una eminencia en Francia. Afortunadamente quien sí sabía de mecánica era el guardia extremeño, de Valverde del Fresno, que se entendía muy bien con mi padre pues los dos en su infancia habían aprendido ese gallego de frontera, y en un pis pas arregló el motor. «Efectivamente era el manguito», concluyó mi padre. Muy contentos volvieron al cuartel.

Al día siguiente llegó un despacho de Oviedo informando que Horacio Fernández Iguanzo, comunista furibundo, andaba por el valle en un coche de matrícula francesa distribuyendo propaganda comunista y dinero para sostener la huelga. Mi padre hizo lo que debía: callarse; y no lo hizo tanto por la bronca que aquel desliz le iba a suponer sino por su convicción íntima de que la Guardia Civil no estaba para meterse con las buenas personas. Era muy recto y justo y confiaba a ciegas en lo que su padre le había ordenado: «Sé un buen cristiano y no le hagas mal a nadie».

—Aquel médico era un señor e iba a salvar a una niña —dijo en la comida del domingo sabiendo que Mieres se había llenado de pasquines antifranquistas, dinero devengado del oro de Moscú y unas cuantas risas nerviosas de algunos que contaban que en el camino los había ayudado una pareja de la Guardia Civil.

Sí, uno de los destinos de mi padre fue Soto Ribera. En vez de vivir en el cuartel, vivía en una pensión donde se quitó el hambre de los años 40. En el SEAT 850 que teníamos, varias veces en mi infancia fuimos a «Soto de Ribera», como él decía. A mi padre aún le recordaban, aún le dejaban un sitio en la partida de cartas. No me lo decía, pero él quería enseñarme su juventud perdida.

Yo veía todo esto desde la ventanilla del tren, con una tristeza extraña que crecía en mí como el sabor del colacao con mateca, mi tristeza de mis primeros pantalones de pana y las canciones de los Chinguitos a todas horas por la radio.

—¿Qué pasa contigo, tío?

—¿Connigo que va a pasar?

La vía del tren llevándome al matadero de la tristeza, Soto Rei y las montañas al fondo cubiertas por la nieve. Un niño que se abriga en su trenka de desconuelos intuyendo que a través del vaho de su aliento late el mundo.

Hoy me toca escribir un poema sobre esta sensación de ir de un vacío inmenso a una inmensa soledad. Vuelvo a la Ribera —vivo en la d'Abaxo— siempre que puedo. Como cualquier otro lugar resume a la perfección el mundo: obreros portugueses que han envejecido y olvidado las rutas que llevan a su Tras-Os-Montes natal, piratas de la emoción en Güeñu, un paisaje por fin ordenado en la civilidad de quien quiere acoger al Otro. Es tierra de milagros. El Festival de jazz de Güeñu —por eso hablaba de la piratería emocional— tiene una hondura cultural que no se corresponde con la dejadez cultural que se vive en Asturias donde, en este sentido, todo es pan para mañana y hambre para hoy.

La Ribera (la de Arriba y la de Abajo, insisto) es un laberinto de aldeas adonde había que llegar por barco para pasar el Nalón antes de que construyesen los puentes. Territorio increíblemente fértil, actualmente mular de jardines, sigue cantando a su manera, en su acento, la melodía del mundo. Fue lugar de privilegio: de su Ayer natal, Doña Urraca, última reina de Asturias, puso en este concejo casa que se conserva en ruinas.

Dejadme decir los nombres de la tierra, que son los míos: Teyego, Sardin, Palombar, Vixel, Los Ferrerinos, Vegalencia, Güeñu, La Pruvia, Llavareyos, El Xuncal... y tantos y tantos otros. Huerta de Asturias, su pasado fue azul como la flor del lino, fue azul como el color que Rubén Darío soñó para lo absoluto. La reina Urraca, tan delicada y bella, que recibía cartas de Inglaterra requiriéndola de amores, dormía entre sábanas azules de suave lino. Ya está. Mirad, el poema que Juan Gona tan generoso me pide:

SOTO DE RIBERA

Mi padre estuvo aquí y por la ventana de sus treinta años moderó el desasosiego raído de su vida. Una vida que como todas se deshivaba

naba lentamente mientras las cosas sucedían. Fue feliz asomándose para ver cómo pasaban los trenes hacia un destino incierto:

—recordaba aquel caso de Teyego tan complicado de fincas —limitaban con el odio— y aquella partida esperanza de recibir de su padre al menos una caricia.

No se quejó y fue bueno a la manera que tienen los que por destino han de ser, en el buen sentido de la palabra, buenos.

Vuelvo a aquellos caminos que mi padre anduvo con el cielo

de esquivar lo injusto. Pienso: «Perdóname, padre, ahora, tantos años después, cuando ya no hay remedio; perdóname por no haber visto cómo tan fuerte sostenías el mundo mientras honestamente apuntabas haber y deber en infinitos papeles de desasosiego.

Perdóname no haberte dado una nieta

—qué feliz habrías sido— sino fue después de morir tus huesos en mis huesos».

Ahora estoy aquí, en la patria de la juventud de mi padre, en la Ribera, y canto lo que encuentro de él en mí en el espejo:

—puedo hablar, decir, confluyen los ríos y a veces el cielo es azul. Sé, sin embargo, que hay algo que nos ata

a vidas pasadas. Llora en estos versos de un mal hijo la felicidad pasada. Aunque no me puedes escuchar hablo contigo. ¿Es la nieta de quien amaste esa sombra que se cruza conmigo?

Repara en estos versos de Kipling que rehace mi memoria:

«Pues podemos amar toda la tierra, pero es pequeño el corazón del hombre

y sólo cabe en él amor por un pedazo, el más querido,

a cada cual el suyo. Y yo me considero afortunado con la parte que me ha correspondido: la hermosa tierra.



Presentación del Viaje a la Ribera (asturiana) en 2018

Fomentando la cultura local
Viaje a la Ribera (asturiana)

ORGANIZA Y PATROCINA: PATROCINAN:

La Nueva España

AYUNTAMIENTO RIBERA DE ARRIBA ASTURIAS

GOBIERNO DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS

RED ELÉCTRICA DE ESPAÑA